6468

LUIS OTERO Y PIMENTEL

Madre ejemplar

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

SOBRE COSTUMBRES GALLEGAS

EN PROSA Y VERSOS

GALLEGOS Y CASTELLANOS

CÁDIZ

TIPOGRAFÍA COMERCIAL
Antonio López, 6.
1914

3

Madre ejemplar.

MADRE EJEMPLAR

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

SOBRE COSTUMBRES GALLEGAS

EN PROSA Y VERSOS

GALLEGOS Y CASTELLANOS

ORIGINAL DE

Don Luis Otero y Pimentel,

CORONEL RETIRADO DE E. M. DE PLAZAS

CÁDIZ

—

TIPOGRAFÍA COMERCIAL

Antonio López, 6.

1914

Es propiedad del Autor.

Don Luis Otero y Pimentel,

á la edad de 40 años.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/madreejemplarcom4033oter

Dedicada á mis queridas hijas.

El Autor.

PERSONAJES

Nombres.	Actores.
ALFREDO.	Estudiante: 19 años, traje de las ciudades: hablará castellano y gallego. En el cuarto acto, elegantemente vestido, con botas y espuelas.
ROSIÑA....	Aldeana joven, hija de labradores acomodados, curiosamente vestida: en el primero, segundo y tercer acto, con saya, mandil, chaqueta ó blusa y un pañuelo pequeño al cuello, colores claros: zapatos: peinada con dos trenzas y *un clavel en la cabeza.* En el cuarto acto, con dengue encarnado y mantelo negro, adornados de terciopelo. Hablará gallego.
MANUELA.	Aldeana, madre de Rosiña: traje semejante al de su hija: colores más oscuros: sin clavel en la cabeza. Hablará gallego.
CADISTA..	Un gallego que regresa de Cádiz, bien trajeado: hablará castellano: barba cerrada.
CAN.....	Un muchacho con careta y piel semejante á la de perro, imitando á dicho animal.
MANUEL...	Labrador gallego de mediana edad, esposo de Manuela y padre de Rosiña. Hablará gallego pausado y sentencioso, sin afectación. Pantalón, chaqueta, chaleco y faja.
DOMINGA..	Madre de Manuel: traje semejante al de su nuera Manuela. Hablará gallego.

672597

Nombres.	Actores.
ANDREA...	Criada: hablará gallego.
JUAN.....	Soldado: pantalón encarnado, guerrera, gorro militar, un canuto pendiente de una cinta con los colores de la bandera nacional: una cruz en el pecho. Hablará castellano.
CURA.....	Traje negro con sombrero de teja: edad avanzada: hablará castellano.
PEREGRINO	Traje del Apóstol Santiago, con conchas en la capa y sombrero: báculo con calabaza: edad avanzada: hablará castellano.
HIDALGO..	Traje de caballero, botas de montar con espuelas, padre de Alfredo. Hablará castellano. 50 años.
JOSÉ.....	Criado del hidalgo: bien trajeado: hablará castellano.

Aldeanos, romeros, vinateros, licoreros, rosquilleras, etc.

Las escenas pasan en la aldea y en un campo de romería de un valle de Galicia.

Véanse las advertencias que van al final de la Comedia.

PRÓLOGO

No se me ocultan las dificultades que ofrece el llevar á la escena del teatro español, una obra de carácter gallego, escrita, en parte, en el lenguaje de dicho país.

Pero, ó hay que trabajar para vencer dichas dificultades, (y en ello darán los actores que lo ejecuten una nueva prueba de su talento), ó hay que renunciar á la esperanza de dar á conocer en toda España y en los demás paises que recorren nuestras compañías dramáticas, las verdaderas bellezas que encierran los campos de Galicia y las verdaderas costumbres de los moradores de los lugares, aldeas y villas diseminadas por aquella extensa Región. De todo esto ni siquiera se tiene una idea aproximada.

Existe divulgada por el mundo una idea falsa y una leyenda extravagante, acerca de las verdaderas dotes de inteligencia del pueblo gallego, y lo mismo de la índole de sus costumbres.

Esto es debido al aislamiento en que, durante muchos siglos, ha permanecido aquel hermoso país, separado de Castilla, por una gran barrera de montañas, y del resto del mundo, por el proceloso mar, que en los tiempos pasados, carecientes de grandes y perfeccionados buques, ofrecía más peligros que ofrece ahora para su navegación.

Aquella gran barrera y aquellos peligros marítimos, solo los salvaban y afrontaban los humildes emigrantes, en su mayoría campesinos analfabetos y sin el baño de cultura social, que suelen tener, por el mayor trato con las clases ilustradas, los hijos de las grandes poblaciones.

Y, como dichos emigrantes, al llegar á las ciudades extrañas, ignoraban todos los usos y costumbres, incluso el idioma, de las mismas; y, por otra parte, la necesidad les obligaba á ejercer las más rudas y humildes faenas y profesiones; aunque en su cerebro germinaran las más grandes ideas y en su corazón los más elevados sentimientos; para el vulgo que los veía siempre aferrados á su penoso trabajo, por honrado que este fuese, nunca eran más que unos pobres hombres ignorantes y toscos, comprendiéndolos á todos bajo el mismo concepto y la misma denominación, en sentido despreciativo, de «Gallegos».

Y por el desfavorable concepto que de estos gallegos se formaba, se juzgaba igualmente á todos los demás hijos de Galicia, su lenguaje y sus costumbres.

Estas desfavorables impresiones han imperado durante mucho tiempo, con mayor ó menor fuerza, en todas las clases de la sociedad española, y de ello resultó que cuando algunos autores dramáticos, incluso el mismo Calderón, ponían en sus obras algún personaje gallego, siempre lo representaban con tipos grotescos, como el del aguador más tosco, el carbonero más tiznado ó el ser más imbécil; como si aquella raza no sirviera para otra cosa.

Y si en algunos casos se quería dar alguna idea de las diversiones gallegas, se hacía un grotesco remedo de la danza la *Muiñeira*, convirtiéndola en una pantomima ridícula, donde los bailadores de ambos sexos, no hacían más que dar vueltas y brincos, sin orden ni concierto, solo para hacer reir al público, ignorante del mérito indiscutible que encierra dicha danza, si se ejecuta con el arte y la gracia con que la bailan en los valles de Galicia.

Todo esto es triste decirlo, pero es la pura verdad.

Con las vías de comunicación modernas, con el nuevo sistema político de la nación, que lleva á Madrid, empleados, diputados, senadores y ministros gallegos, y con los demás hombres cultos é ilustrados que van saliendo de Galicia; va desapareciendo aquella falsa opinión, pero aún resta mucho que hacer para rectificarla por completo.

Se conocen ya las ciudades de Galicia, pero las costum-

bres de los campos de dicha Región, están inexploradas. Y en los campos es donde existe el verdadero genio de la raza gallega, la verdadera leyenda, la verdadera poesía y el verdadero encanto de sus costumbres, de sus geniales moradores, de sus frases cáusticas y sentenciosas, y el gracejo de sus discretas y hermosas mujeres.

Estas cualidades, y especialmente las costumbres, solo pueden expresarse con fidelidad, usando el mismo lenguaje que ellos usan para exteriorizar sus pensamientos; y los autores y actores que logren expresarlos con acierto, aumentarán el caudal de sus conocimientos literarios y artísticos, con elementos hasta ahora desconocidos.

Esta es la aspiración complementaria del argumento de mi *Comedia*, pues esta encierra ó bosqueja problemas sociales interesantísimos, para la corrección de algunas costumbres que no honran al país y de otras que pueden perjudicar á las familias y, en especial, á las inocentes doncellas.

Esta obra es original y está basada en hechos y episodios más históricos que novelescos, algunos de condición tan personal, *íntima* y *emocionante*, que en ellos se retrata este modesto autor y *varias* almas, siempre veneradas, que, desde el Cielo, le prestan su inspiración...

Si la pasión no me engaña, yo abrigo la esperanza de que esta Comedia será vista con agrado en todos los teatros, porque es una obra sentida, y el sentimiento llega á todos los corazones. Además, en los de Cádiz por la relación que tiene con dicha ciudad; en los de Madrid, Habana, Buenos Aires y Montevideo, por las numerosas colonias gallegas que existen en dichas capitales; en los de Portugal y el Brasil, por la semejanza de su lenguaje con el gallego, y en los de Galicia, porque refleja el alma de aquella raza y la esencia de las verdaderas costumbres, de los hermosos campos de aquella Región.

ACTO PRIMERO

(Es por el verano). El proscenio despejado. En el resto del escenario aparece un prado y una huerta con nabos, coles y otras viandas: algunos árboles frutales: al fondo y costados rústicos vallados coronados de zarzas (silveiras), yedra, musgo, etc. A la izquierda, una cancela cerrada; atravesando el frente un collado (ruleiro) cubierto de cesped.

ESCENA PRIMERA

ALFREDO

ALF. (Abre calmosamente la cancela, entra y vuelve á cerrar: da algunos pasos y detiénese á contemplar la huerta y sus contornos. Trae un libro debajo del brazo.) Campos y huertas de mi aldea, de mi infancia y de mi alegría... Prados y sendas que tanto me habeis visto correr; ¡dichosos los ojos que os vuelven á ver!...

«Dichoso quien nunca ha visto
más cielo que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
donde pequeño jugaba.»

¡Qué hermoso día! ¡Qué hermoso sol! ¡Qué hermoso verano! ¡Qué hermosa huerta! ¡Qué hermosos contornos!

¡Qué bien se respira aquí!... Cuánto oxígeno, cuántos aromas y cuánta energía vital, se encierran en las salutíferas brisas de las montañas que me rodean y del valle que tengo á la vista!...

¡Qué buena receta y buena medicina sería este aire puro, aromatizado, para los bronquios y pulmones de los asmáticos y tísicos, que están enjaulados en los aposentos y hospitales de las ciudades!...

¡Qué verdes y qué floridos están los campos!... Todo está igual que en los veranos de mi infancia. ¡Parece que fué ayer!... Y, sin embargo, ya pasaron varios años... ¡Estas flores y estas hojas, parecen las mismas de aquellos tiempos!... ¿Si serán siempre las mismas, que mueren en el otoño, para resucitar en la primavera?... ¡Quién sabe!... Un autor afirma que la muerte no es más que una transición de la vida... Que todo se renueva constantemente en la naturaleza... Que en cada primavera nos saludan las mismas brisas, las mismas hojas, las mismas flores, con los mismos colores, con los mismos aromas... ¡Cuánto misterio existe en lo que vemos!...

El agua que bebemos es siempre la del mar, que siempre está en movimiento.

Del mar se eleva en vapores que forman nubes en el espacio: el viento las arroja sobre todos los continentes: en la atmósfera pierden su propiedad salina, tornándose en sabor dulce; derrámanse después como con regaderas sobre las tierras sedientas; fertilizan los campos; penetran en las entrañas de la tierra, brotan los manantiales de que se surten las poblaciones; fórmanse los arroyos que dan su caudal á los ríos, y estos avanzan magestuosamente, entre sauces, lirios y espadañas, hacia el mar de que proceden; para volver nuevamente á emprender otras escursiones iguales, sin descansar un instante; y así seguirán por los siglos de los siglos...

¿Qué motivo hay, pues, para no creer que estas hojas y estas flores, no ejecutan constantemente iguales escursiones?...

Ya tengo deseos de acabar mi carrera, para venir á vivir en mi aldea querida. Gracias á Dios, ya me va faltando poco tiempo.

No perdí ningún curso, pero trabajo me costó. En todas las clases más importantes, incluso en la de anatomía, he sido siempre de los primeros; pero en la *histología*, he sido de los ultimos. El profesor de ésta es un soberano latoso, que exije las lecciones al pie de la letra, como el Padre nuestro, y yo no tengo memoria para cantar como un papagayo. Me ha tenido reventado con su sistema de enseñanza...

No tengo más remedio que apretar en las vacaciones, para salir airoso en los últimos exámenes. Esta gran soledad préstase para el estudio. (Siéntase en el collado y abriendo el libro estudia unos instantes: después levantando la vista con el libro abierto en las manos, dice:)

¡Qué bien cantan los pájaros!... ¡Qué poética algaravía!... ¡Qué música encantadora!... *Os petos* petan nos soutos, os merlos silvan nas cerdeiras; os carrizos chian nos musgos dos valos; os xílgaros trinan nas silveiras; as lavercas, ¡las divinas calandrias!, cantan y bailan, al mismo tiempo, allá, en las grandes alturas, llenando de arpegios y melodías, el espléndido camino de la gloria...

Allí están dos de esas admirables artistas, haciendo maravillas, en las regiones del éter, teniendo gusanos en las uñas...

Los hombres no podrán nunca imitarlas, por mucho que estudien y adelanten en las ciencias...

¡Cantad, cantad, aves del Paraiso, que yo nunca me cansaré de oiros y miraros!... Parece ser que están dando gracias á Dios, por los *vermes* que encontraron en las brañas, para dar de comer á sus hijos.

¿En dónde tendrán su nido?... No debe de estar lejos de aqui; pero mientras vean que las observo, no bajarán al mismo, temerosas de que yo les

haga alguna judiada. ¡Infelices! No reparan en que ya no soy un rapáz.

ESCENA II

ALFREDO y ROSIÑA

ROS. (Abriendo y después de entrar cerrando la cancela, con un cesto para la verdura en el brazo y *un clavel rojo en la cabeza*, entona ó tararea esta cántiga:)

Pepiño, Pepiño, Pepe
ollos de millo miudo,
coidas de engañal-as nenas
denoite polo escuro.
Ala-lala-lalalilaaá,
ala-lila lilalalaaá.

ALF. (Sin mirarla.) ¡Diantre de rapaza, vaime espantal-as lavercas!... (Mirándola.) ¡Ah! é Rosiña... Qué alta é que garrida está! Parece unha verdadeira Rosa de estos xardís.

ROS. (Parándose con sorpresa á la inmediación de Alfredo.) ¡Aí nunca Dios me dera, quen está aquí!... ¿Será certo ó que estou vendo?... ¿Tí non és Alfredo?... ¿Tí non estabas na Vila?...

ALF. Sí, Rosiña, sí, eu son Alfredo... Eu estaba na Vila; pero xa vin.

ROS. ¿E cuando viñeches?

ALF. Vin onte.

ROS. ¿Viñeches pra festa?

ALF. Acertaches.

ROS. ¿E que estabas facendo?

ALF. Facía ó que ti viches, Rosiña: estaba estudiando.

ROS. Non mintas: facías que estudiaba, tendo ó libro aberto, pero estabas axexando as lavercas. Penso que inda che gustan os páxaros é os niños... Onte eu vín un niño de xílgaro...

ALF. Non deixan de gustarme, pero esas son cousas de rapaces.

Ros. Moi certo, é tí xa pareces un home...

Alf. (Levantándose y haciendo acción de cojer el clavel de la cabeza de Rosiña.) E tí xa pareces unha boa moza...

Ros. (Retirándose decorosamente, sin dejarse tocar de Alfredo.) *As maus limpas é quedas, Alfrediño;* sea eu ou non sea, boa moza...

Alf. Non teñas medo, que noncho roubarei... Non sabía que foras tan fidalga...

Ros. Eu non sei si son, ou non son fidalga; nin *sei ó que farán as fidalgas; pero á min non me toca ninguén na cabeza, nin no pelo da roupa...* En eso teño *ó men orgullo, como ó poden ter as fidalgas...* O cravel dareicho pola miña mau si ó queres, porque na horta hai mais; é dareicho por ser á tí, anque non sei si fago ben ou mal en darcho.

Alf. Fas ben...

Ros. Ti que has de decir...

Alf. Digo que fas ben, porque ningun outro mozo faría tanto aprecio d'el como eu penso facer. (Coje el clavel que ella le dá, lo besa y lo prende en el ojal de la americana.)

Ros. Boas palabras non che faltan... E ó primeiro que eu dou, é nonllo daría á ninguén mais que á tí.

Alf. Gracias: gardareino hasta que morra...

Ros. Moito decir é eso: na Vila terás quen che dea outros millores.

Alf. Nin na Vila nin na aldea, millor que este non hai ningún... *Non sabes canto me alegro de que non mo deixaras coller pola miña mau...*

Ros. Mais me alegro eu...

Alf. Pois xúntase á nosa alegría. Pero dime, ¿quen te enseñou á defenderte coa valentía que te defendes, pra que ninguén che toque no pelo da cabeza, nin no da roupa?...

Ros. ¿Quen ha de ser? Miña nai...

Alf. *Pois como á tua nai hai poucas.*

Ros. Xa ó sei. ¿E ti cando cantas misa?

Alf. Nunca penso cantala.

Ros. ¿E logo, porque estudias pra crego?

ALF. Estás mal enterada: non estudio pra crego; estudio pra médico. *Cando ti te enfermes, curareite sin cobrarche nada...*

ROS. Gracias, home, polo teu ofrecemento; pero millor será que Dios queira que non teña necesidá de chamarte.

ALF. Non terás necesidá de chamarme... Eu irei sin que me chames...

ROS. Dios cho pague.

ALF. ¿E que ten ó niño que atopaches?

ROS. Non no atopei, que non no buscabas. Vinno cando estaba na horta, pero non sei ó que terá.

ALF. Amóstramo.

ROS. Non cho amostro, si non me dás palabra de non magoar ós paxariños.

ALF. Palabra de honor che dou de que non os magoarei, nin os tocarei: xa eu non son un neno, prá facer esas xudiadas. Dime onde está, solamente pra velo.

ROS. Non está lonxe de nosoutros.

ALF. Pois irei contigo, pra que mo amostres.

ROS. *Si eu non fora tan de prisa*, diríache que viñeras.

ALF. *¿E pra onde vas tan de prisa?...*

ROS. Von buscal-a verdura pro pote, antes de que ferva.

ALF. Ainda é cedo pra que ó pote ferva:

Si ó potiño está fervendo
ven cedo empeza á ferver,
ó caldo que moito coce
é ó millor de comer.

ROS. ¡Diaño de rapás!... Falas como un copreiro. ¿Ti andiveches con cegos?

ALF. Andiven con cegos é mais con cegas.

ROS. ¿E non decías que estabas estudiando?

ALF. Hai tempo pra todo: non se pode estar sempre co libro aberto.

ROS. Non, porque cegarías.

ALF. Por eso vou pouco á pouco.

ROS. E logo, que mais copras deprendiches: dime unha.

ALG. Non cha digo, hasta que me amostres ó niño.

ROS. Non seas cativo: ó niño amostrareicho despois.

ALF. Pois escoita:

Xa algun mundo corrin
moitas copriñas cantei
moitos xardís atopei,
rosiñas poucas eu vin.

ROS. ¡Que xéneo tan espelido tés!... Que boa gramática estudiaches: vaya, ven que che amostrarei ó niño. (Dirígense al costado del muro opuesto al de la cancela, para registrar las moreras (silveiras). Una zarza (silva) préndese en la ropa de Alfredo, y éste dice:)

ALF. Tente silva non me prendas
que esta é á miña terra
nunca silva me prendeu
que me non ceibase d'ela.

ROS. Cala, home, que se espantan os paxariños.

ALF. ¿Pero ó niño xa tén paxariños?

ROS. Non sei ó que terá, pero si non se asustan os fillos, asústanse os pais. Mira, alí está. (Señalando).

ALF. Xo ó vexo... Está alto... ¿E como sabes que é de xílgaro?

ROS. Por que vin á xílgara cando salía d'el.

ALF. Vamos á ver ó que ten.

ROS. Non chegamos á el, que está moi alto.

ALF. *Eu podo facer de tallo, pra que tí subas.*

ROS. (Riéndose.) ¡Seique toleas, demo!... E ti non tes ollos?...

ALF. Non toléo, non, podías subirte sin coidado, *que eu miraría pro chao, poñéndome boca abaixo,* así: (Se pone en cuatro pies.)

ROS. Já, já, já... Érguete, rapás, que eu inda non toleei... *así mirarías pra terra, pero tamén podías mirar pra ceo.*

ALF. *Xúroche que non miraría mais que pro chao.*

ROS. Non xures nada, que podes condenarte: arrima pedras ó valo, é súbete nelas.

ALF. Como queiras. (Arrima unas piedras y Alfredo se sube en ellas.)

Ros. ¿Xa chegas?

ALF. Agora cheguei... ¡Ten paxariños!...

Ros. ¿Xa teñen prumas?

ALF. Non: ainda están xiando... Teñen fame: abren ó piquiño...

Ros. ¡Malpocados!... Báixate é búscalles algunhas miñocas na regueira, namentras que eu collo á verdura.

ALF. Despois que nosoutros nos marchemos, virán os seus pais con comida... ¿Tí queres velos?. . *súbete nas pedras.*

Ros. Verei si podo subir. (Sube á las piedras, dándole la mano Alfredo, y cuando está estirada para ver el nido, su madre abre de prisa la cancela, y, con voz fuerte, llama á su hija, diciendo:)

ESCENA III

ALFREDO, ROSIÑA y MANUELA

MANLA. ¡Rosa! ¡Rosiña! ¡Rosa! ¿Ti durmíchete, ou afogáchete no pozo?...

Ros. Señora: Estou esperta .. non me afoguei no pozo... xa vou...

MANLA. Lástima fora que inda non viñeras. (Caminando hacia el punto en que se encuentra su hija.) ¿Qué estás facendo miña filla? Ese é ó caso que fás dos meus consellos? Ti esquencícheste de que inda hai que xantar. ¡Probe de tí, que boa te espera!

Ros. Estou collendo os grelos...

MANLA. ¡Collendo os grelos, mosca morta! Pra eso fan falta dúas horas, que levas fora da casa!... Por causa tua todo está parado; eu esperando, teu pai rabiando... ¡Xa te podes presinar!... (Fijándose en Alfredo.) ¿Quen é este mociño, que se atreve contigo? ¿Qué libertades son esas? ¡A miña filla non está pra facer caso oprimeiro que chegue!... Pra eso eu non na criei...

Ros. E Alfredo, ó fillo do señor da casa grande, que me

daba repasos na escola... Non me dixo nada malo.

MANLA. (Aparte.) (¡Qué guapo está!... ¡Parece outro!) ¿E cando viñeches de Santiago, Alfredo?

ALF. Vin onte.

ROS. Veu pra festa...

MANLA. ¿Que ven medraches, rapás!... ¡Xa non pareces un neno: nos ollos é nas faccios ven imitas á teu pai. Sempre serás tan parrafeador como foi él. ¿Qué estabas falando coa miña nena, que non atende nin mira á ningún home?...

ROS. Estaba decíndome copras.

MANLA. ¡Ah! por eso ti lle facías caso... ¿E sabes moitas, Alfredo?

ALF. Sei algunhas.

MANLA. ¿E cómo son?

ALF. Pouco lle teñen que ver.

ROS. Si, teñen, si, que son moi bonitas.

MANLA. A min as copras gústanme moito. Cando era rapaza, toleaba por elas. Moitas cantei cando era moza. *Dinos unha, que nos vamos correndo.*

ALF. Por compracela, direina:

Unha noite no muíño
unha noite non é nada,
unha semana inteira
xa vai sendo muiñada.

MANLA. Esa é mas vella que teu abó.

ROS. Sabe outras mais novas.

MANLA. Pois dinos outra, Alfredo.

ALF. Pensa meu pai que me ten
denoite no seu pé dreito
e eu ándolle buscando
unha nora do meu xeito.

MANLA. Pois eu pensaba que andabas estudiando.

ROS. Ainda sabe outras que falan de xardís...

MANLA. Dinos esa Alfrediño.

ALF. Xa non me acordo.

ROS. Si, se acorda, si, que fai pouco tempo que á dixo.

MANLA. Pois acaba, home, *que estamos perdendo ó tempo.*

ALF. Non sei si será esta:

Xa algun mundo corrín
moitas copriñas canteí,
moitos xardís atopei,
rosiñas poucas eu vin.

MANLA. Vámonos, nena, que dos homes non hai que fiarse, anque estudien pra cregos.

ROS. Alfredo non estudia pra crego: estudia pra médico...

MANLA. Pois eu pensei que estudiaba pra crego.

ALF. Non teño vocación ecresiástica: *non me gusta á soedade en que teñen que vivir os ecresiásticos.*

MANLA. ¿Pensas casarte?

ALF. Esa idea teño, pra cando chegue ó meu tempo.

ROS. En eso fai ben...

MANLA. Vamos correndo pra casa
que ainda temos que xantar,
é tamen eu me esquencin
que nos espera teu pai.

ROS. Que veña tamen Alfredo
que nos pode acompañar,
pois na víspera da festa
caldo non lle ha de faltar.

ALF. Eu con moito gusto iría
coa fllla é coa nai
si non fora *ó que as espera*
cando atopen á seu pai.

MANLA. Vámonos, nena, e que veña tamen Alfredo, que xantará con nosoutras.

ALF. Irei de bo agrado, pero estimaría que antes nos cantara vostede algunha historia romanceira das moitas que eu lle oin cantar cando era neno...

ROS. Si, si, que nos conte á sorte que tuvo á pastora.

MANLA. A sorte da pastora, foi á sua morte:

A morte da Pastora.

Sentadiña no campo frolido
baixo á sombra d'un verde piñar

unha nena gardaba as ovellas
nun ardente mes de San Xuan.
As ovellas triscaban na erba
é nas folliñas da veira do mar,
é á neniña miraba pra terra
lonxe da vista da sua nai...
Unha pomba que tiña ó seu niño
no ramaxe do verde piñar,
non perdía de vista os seus fillos
cumprindo os deberes de boa nai.
Cando á nena mirou pras ovellas
que marchaban seguidas do can,
tropezaron os ollos da nena
ca mirada de un fino galán.
A doncella quedouse turbada:
no seu peito sinteu un gran mal,
¡veuse soila no campo frolido!
¡colleu medo ó fino zagal!
O galán chegou cabe d'ela,
é fiuxindo un amor moi leal,
chamoulle *reina dos campos frolidos*
estreliña de lus celestial.
Acaronciño sentouse ó mancebo,
sin deixala pra casa marchar,
é á doncella quedou nas cadéas
do aposto é fino galán.
As ovellas triscaban na erba
é nas folliñas da veira do mar,
é á neniña miraba pra terra
lonxe da vista da sua nai...
Mil promesas de amor fementido
fixo ó guapo é mimoso zagal
é á pastora perdeu ó sentido
nas cadeas do amor desleal...
Despois el marchouse xurando
que xa nunca á podría olvidar,
á pastora quedouse chorando
é ó galán non volveu o piñar...

As ovellas triscaban na erba
é nas folliñas da veira do mar,
é á neniña miraba PRO CEO,
cansadiña de tanto chorar.
Inda á pomba canta no souto
que inda fillos ten que gardar,
mais morreu de pena á pastora
é por ela morreu á sua nai.

TELON

ACTO SEGUNDO

Plazoleta céntrica de una aldea: al fondo el muro de una era con portal entreabierto, en el centro: en los costados boca-calles entre casas de modesta apariencia, con puertas y ventanas altas y bajas.

ESCENA PRIMERA

CADISTA

CAD. (Entrando, con un paraguas en la mano, por la boca-calle de la derecha y deteniéndose en el centro.) ¡Qué profunda soledad! Parece la mansión de los muertos... Aquí estoy en el centro de la aldea, sin que nadie me haya visto... No hay nadie en las puertas y ventanas: no hay guardias municipales, ni de seguridad, ni policía secreta, ni guardia civil, ni carabineros, ni guardias de consumos... De noche estará esto como una boca de lobo, pues no se vé ni un farol para el alumbrado público... (Mira el reloj que lleva en el bolsillo.)

Son las doce, hora de comer y por eso no se vé á ninguno del pueblo, porque estarán comiendo. ¡Qué tranquilos comerán, sin ruidos callejeros, ni llamadas impertinentes, ni un solo organillero que les moleste... Están completamente libres del mundanal ruido.

Que diferencia de las grandes capitales, donde

todo es bullicío, música y animación. Mi aldea no ha variado nada: aquí siguen desconocidas las ideas del progreso. Aquí no llega el favor de los gobernantes. Se conoce que estas pobres gentes no saben pedir, ni ver lo que les conviene, y luego hay quien dice que los gallegos son muy pedigüeños... Mucho deberían pedir, para alcanzar algo. Veré sí puedo despertarlos de su letargo: si puedo inculcarles algunas ideas reformistas y liberales, sin que pierdan las buenas costumbres, ni la virtud del trabajo... Este debe estar siempre á salvo... Les diré que pidan carreteras, que pidan fuentes, que pidan otras obras públicas, que pidan buenos maestros, que sepan enseñar y con quienes los niños no pierdan lastimosamente el tiempo; *que pídan la mar,* que es como podrán conseguir *un arroyo.*

¡Allí viene gente! Es un joven bien portado y dos hermosas mujeres. ¡Ah! una es Manuela, mi cuñada... La otra, la más joven, no la conozco: es lindísima; parece una guinda. ¿Si será Rosiña?... Me haré el forastero, para ver si me conocen.

ESCENA II

CADISTA, MANUELA, ALFREDO y ROSIÑA

CAD. (Al desembocar Alfredo, Manuela y Rosiña en la plazoleta cuando regresan de la huerta.) ¡A la paz de Dios, *camarás.* ¿Son ustedes, por *causaliá gañanes y aceituneras de estos cortijos?*

ALF. El gañán lo será usted.

CAD. ¿Qué dice ese *charalejo?*

ALF. Digo que...

MANLA. (Interrumpiendo.) Cala, Alfredo, déixame á min, que eu me entenderei con él. (Dirigiéndose al Cadista.) ¿Vostede que desea saber, cristiano?

CAD. Deseo saber si ustedes son vecinos ó transeuntes de esta *cortijá*.

MANLA. Sírvase vostede falar mais craro, si quere que ó entendamos.

CAD. Yo no sé hablar más claro de lo que estoy hablando, ni tengo la culpa de que ustedes no entiendan el castellano.

MANLA. Nin nosoutros somos culpables de que vostede non entenda ó gallego. Inda mais, que aigunhas palabras que vostede dí, son ven enrevesadas. E agora eu pregúntolle: ¿Vostede non naceu en Galicia, pra saber que esta é unha aldea?

CAD. No, señora; yo no he nacido en Galicia: si hubiera nacido en ella, no preguntaría. Yo nací *en la noble é ilustre Coimbra.*

MANLA. *Pois eu pensei outra cousa. Esa señora Coimbra non sei quen é...*

CAD. Coimbra no es una señora; ni una villa, ni es una ciudad como otras ciudades. Coimbra es la Atenas de Occidente, la Metrópoli científica, artística y literaria de los ínclitos Lusiadas, que llevaron sus naves «por mares de antes nunca navegados». Es la patria de Camoens, de Vasco de Gama, de Viriato, de Almeida, de Serpa Pimentel, de *Cúchares*, de *Pepe Hillo* y de *Diego Corrientes...*

ALF. Y de *Xan Cirolas...*

CAD. No, señor: Sepa usted, señor *barbilampí,* que Xan Cirolas, nació en la Región Septentrional del Monte Medulio, que está en el meridiano del *Campus Stella.*

ALF. Pues sepa usted, *señor patillas*, *que Cúchares, Pepe Hillo* y *Diego Corrientes,* nacieron en la región oriental, de los montes carpetanos, que están en el meridiano de Sierra Morena.

CAD. Yo no admito lecciones de ningún niño. (Amenazando.)

ALF. Pues yo no comulgo con ruedas de molino.

MANLA. Vaya, déixense de cuestiós, que non hay motivos

pra elas. Vostede, *señor forasteiro*, diga ó que quere saber, que aquí estamos pra servilo.

Ros. E si quere vir con nosoutras, meu pai dirallo millor, porque conoce ben as parroqueas.

(Varios vecinos atraidos por la novedad, acuden á las puertas y ventanas de sus casas, para presenciar la escena y otros más curiosos se acercan y rodean á los actores. Todos deben hallarse en traje de labradores, unos con chaqueta y otros en manga de camisa, unos con zapatos y otros con zuecos. Las mujeres con sayas de colores y justillos: Unas usarán zapatos y otras zuecos, como los hombres, pero entiéndase que los zuecos no deben ser todos de madera como las zuecas, pues en los valles no se usan estas. Por *zuecos se entiende* los que se componen de madera en su base y de piel como los zapatos lo demás, estando la piel claveteada á la madera. Será muy típico que entre los curiosos figure alguna mujer que va ó viene de la fuente, *con el valde* ó *sella en la cabeza*. Todo esto, discrecional.)

Cad. Yo busco, y no encuentro, por estos vericuetos, encrucijás y andurriales, la carretera que me conduzca. ó me guíe, á la famosa Basílica Compostelana...

Manla. ¿Ti entendes ó que dí, Alfredo?

Alf. Pregunta pola carreteira de Santiago.

Manla. Aquí non temos carreteiras, señor forasteiro: aquí ó que temos son corredoiras, camiños de carros, é camiños de ovellas...

Cad. ¡Pues están ustedes bien servidos!... Aquí, por lo visto, no hay más que cielo y tierra; aquí no hay *ná*... No hay puentes, ni carreteras, ni vías férreas, ni vías marítimas, ni vías fluviales, ni vías lácteas, ni tranvías, ni automóviles, ni bicicletas, ni aeroplanos, ni *monosplanos*, ni telégrafos, ni heliógrafos, ni rayos X, ni clínicas, ni terapéuticas, ni teatros, ni jueces, ni alguaciles, *ni ná*...

Manla. Si non hay eso, que vostede noméa, hai outras cousas... Hay leiras, hai campos, hai veigas, hai prados, hai soutos, hai chousas, hai montes, hai devesas, hai hortas, hai fontes, hai ríos, hai tra-

ballo, hai salude, é hai vergonza, *gracias á Dios.*

E inda hai algo mais... Hai *Cortes é cortellos, pra facenda é pros porcos...*

O que non hai son aguaciles; pero veñen da vila, pra *embargal-o ó que temos*, cando non se poden pagar as contribuciós...

CAD. *Está bien;* y, después de todo; ¿cuál es el camino de Santiago?

MANLA. O camiño de Santiago, é esa corredoira. Métase por ela; que vai salir ó souto; despois colla ó camiño do carro, que ó levará á veira do río, onde está á areeira; pase por ela, métase na auga, que agora hai pouca, siga de frente pra outra banda, é mais aló, pregunta.

CAD. ¿A quién he de preguntar?

MANLA. A xente que atope, no seu camiño, si non quere preguntar á os raposos que hai nas chousas...

ROS. Millor será que colla ó camiño da ponte, anque arrodée, non sea que se afogue no río.

MANLA. *Non se afoga, non, que ben conoce as laxas.*

ESCENA III

Dichos y el CAN

(Este personaje sale por el portal de la era y llegando á la escena da muestras de conocer al Cadista, besándole los pies.)

CAD. Este perro parece que ha viajado, pues no extraña á los forasteros.

MANLA. Sempre está viaxando do palleiro pra lareira; por eso ven cheo de borralla.

CAD. Cualquiera diría que me conoce.

MANLA. Ten mais mamorea que *algunhas personas...*

CAD. ¿Y por qué no pedís á vuestros diputados que os hagan puentes y carreteras?

MANLA. Aquí non temos diputados, nin falta que nos fan. *Somos felices sin eles...*

CAD. ¡Oh que ignorancia! ¡Oh que desliz!
¡sin diputados creerse feliz!
TODOS. Bendito é alabado sea ó país,
que sin diputados vive feliz.
CAD. Yo no comprendo lo que me decís...
sin más caminos que correderas
y los senderos de ovejas rastreras,
¡estais en los tiempos de Adan y David!
TODOS. Bendito é alabado sea ó país
que sin diputados vive feliz.
CAD. Yo no ignoro vuestros rigores
y os lo digo de vis á vis:
¡vuestra vida es muy infeliz!
¡¡estais en Belén con los pastores!!
TODOS. Bendito e alabado sea ó país
que sin diputados vive feliz.
CAD. No habeis meditado lo que decís:
Sin diputados, ni senadores,
ni ministros que os hagan favores
nunca tendreis un grano de anís.
TODOS. Bendito é alabado sea ó país
que sin diputados vive feliz.
CAD. ¡Pues vuestro progreso es una delicia!
yo os lo digo con redundancia:
¡tendreis las dichas en abundancia!
¡tendreis *caciques* en toda Galicia!
TODOS. ¡Fora os *caciques* de toda Galicia!
reine nos campos á libertá,
veñan gobernos de moralidá
brille pra todos ó sol da xusticia.

ESCENA IV

Dichos: MANUEL y después DOMINGA.

MAN. (Abriendo el portal y apareciendo rápidamente.) ¡Por todo los santos e santas da Corte celestial!... ¡Polos cravos de Cristo, noso Señor!... Por canto pasou na

crús!... ¡Manuela!... ¡Rosa!... ¡Rosiña!... ¿Que é ó que eu estou vendo?... Vosoutras habedes toleado unha detrás da outra, ou que mil demos do inferno, andan hoxe coa miña xente?

MANLA. Non te enfades Manuel, que si tardamos, foi sin querer.

MAN. ¿E logo, habrá sido por querer eu?...

MANLA. Non: non foi porque ti quixeses que tardásemos: á culpa foi de teu hirmau, Farruco, que chegou de Cades, é que estaba facéndonos algunhas preguntas.

MAN. ¡Meu hirmau!... ¿Onde está meu hirmau?

MANLA. (Señalando.) Aquí está.

MAN. ¿Pero meu hirmau é ese que ten as barbas tan longas?

CAD. Sí, Manuel, yo soy.

ROS. (Abrazándolo.) ¡Tío!

MAN. (Abriendo los brazos.) ¡Farruco!

CAD. (Abrazando á los dos.) ¡Rosiña! ¡Manuel!

MANLA. Abrazareiro eu tamén, que chegou á boa hora: ¡Farruquiño!

ROS. (Corriendo al portal.) Abueliña: aquí está ó tío Francisco.

DOM. (Entrando apresurada.) ¿Onde está?

CAD. (Saliendo á su encuentro.) Aquí estoy.

DOM. ¡Meu fillo!

CAD. ¡Madre! (Abrazándose madre é hijo.)

BAJA PAUSADAMENTE EL TELON

ACTO TERCERO

Comedor de una casa de labradores acomodados: la mesa con mantel, fuentes, platos, vasos y jarro de vino. Sentados á ella están Dominga, Manuela, Rosiña, Manuel y Cadista. Están terminando de comer.

ESCENA PRIMERA

DOMINGA, MANUELA, ROSIÑA, MANUEL, CADISTA
y después ANDREA.

AND. (Entrando.) Miña ama: ¿podo retirar os cubertos?

MANLA. Si, podes retiralo todo, menos ó viño: axúdalle ti Rosiña, pra que acabe logo. (Rosiña ayuda á la criada y después entra y sale á discreción. Cuando la criada y Rosiña levantan el mantel para doblarlo, yérguense todos y Dominga dice.)

DOM. Bendito é elabado sea ó Santísimo Sacramento do altar, é todo los santos é santas da Corte celestial. Dámosche gracias, meu Dios, por habernos dado ó sustento de este día, é pedímosche saude é pas no mundo cristiano, na tua Diviña Gracia.

TODOS. Amen. (Dominga ocupa una butaca de madera, próxima á la mesa: los hombres siguen de pié.)

MAN. ¡Que axéos estábamos onte, de que viñeras pra festa, Farruco! A quen esperábamos era á Xan, que fai bastante tempo que escribeu, decindo que pensaba estar aquí pro día do noso santo; pero él

non veu, é tí viñeches sin avisar... ¿Que idea che dou de chegar de súpeto?

CAD. He querido sorprender al vecindario, para ver si me conocían.

MAN. ¿E conocéronte?

CAD. Nadie me conoció.

ROS. Eu uon no conocin.

MANLA. Pois á min non me costou ningún traballo conocelo: conocinno cando falou, antes de que ó *conocera ó cán...*

ROS. Eu pensei que era un extranxeiro.

DOM. A min non me costaría nada conocelo entre mil extranxeiros. Unha nai nunca desconoce á os seus fillos. (Suspira dando muestras de más tristeza, que alegría.)

MAN. ¿Pero ó *can conoceuno*, coas barbas longas?

MANLA. Vaya si ó conoceu. Chegou correndo onde nosoutras estábamos, *é bicoulle os pés.*

ROS. E un can de moito conocemento. Comigo sempre quere estar xogando.

MAN. Mais que can, é unha maravila. Na parroquea non hai outro como él. Vale mais que unha besta.

DOM. Lástima que sea tan larpeiro.

CAD. Como este perro conocí yo otro en Andalucía... Había servido al Rey...

TODOS. Já, já, já...

DOM. ¡Qué cousas ten ó meu fillo!

CAD. No es cosa de risa, ó, al menos, no es cosa inventada... He dicho que aquel perro había servido al Rey y es muy cierto...

Aquel perro había servido una campaña en guarnición, y después pasó con su batallón á continuar sus servicios á la guerra de Cuba. (Nuevas risas: el Cadista toma un trago.)

MANLA. ¿Pero había entrado en quintas?

CAD. No: para los perros no hay quintas, pero había sentado plaza voluntariamente, como soldado de filas, y *no como soldado de cuota,* pues entonces no había más que una clase de soldados...

MAN. ¿Pero agora hai varias clases de soldados?

CAD. Sí: ahora hay soldados de cuartel, y soldados de hotel.

MAN. Eso non no entendo.

CAD. Lo entiende el Gobierno.

ROS. ¿E ó can que sirveu ó Rey, comia rancho?

CAD. Comía el rancho lo mismo que los soldados: formaba detrás de la fila con su plato delante, y después que los rancheros habían terminado la distribución á todos los soldados, acercaba el perro su plato á la olla, para que le sirviesen su ración; la comía y después llevaba su plato en los dientes á la cocina, para que se lo guardasen hasta el rancho siguiente.

DOM. Eso podía aprendelo ó noso. O can militar estaría gracioso.

CAD. Sí, madre, estaba gracioso. Conocía á todos los soldados de su regimiento, y cuando empezó la guerra de Cuba, allá se fué animado del mayor entusiasmo, con el mismo batallón á que pertenecía... Asistió á varias batallas, portándose, como un valiente, siempre en las avanzadas y siempre avisando donde estaban emboscados los enemigos, y donde nuestros soldados caían muertos ó heridos, para que no quedasen entre las maniguas.

MAN. Pois prestaba un verdadeiro servicio.

CAD. En el combate *de los Peralejos*, no perdía de vista á Martínez Campos, conociendo que de él dependía la suerte de aquella pequeña columna; y cuando Santocildes, cayó muerto, el perro fué el primero que dió el aviso con dos ladridos lastimeros...

MANLA. ¡Qué entelixente!

CAD. Al poco tiempo de esto, arreció el combate, porque los enemigos se hicieron cargo de que había caido el jefe de la columna, ignorando que iba allí Martínez Campos. Maceo, mandó á Rabí que avanzase con la caballería, para romper el cuadro

en que marchaban los españoles, cosa que Rabí no pudo lograr, á pesar de su arrojo, porque las serenas y nutridas descargas mandadas por Martínez Campos, hacían mucha mella en las filas contrarias; los caballos se encabritaban y no les era posible avanzar, y en lo más duro de aquella refriega, el valiente perro cayó herido de gravedad, quedando como muerto en el campo de batalla. Martínez Campos, que estaba en todo, cuando vió caer al perro, dijo: ¡Murió un perro valiente! ¡Adelante soldados!

Al día siguiente, el perro se presentó en Bayamo, con sus honrosas heridas... El general ordenó que se le curase y atendiese con esmero, y al poco tiempo se hallaba en disposición de seguir prestando nuevos é importantes servicios...

Terminada aquella campaña, el can fué repatriado con el ejército, y hallándose viejo y achacoso, un inglés, que conocía sus méritos, se hizo cargo de él, y dicen que le enseñó muchas cosas, y que come con su amo á la mesa.

ESCENA II.

Dichos: y CRIADA.

AND. (Entrando.) Miña ama: eu xa acabei ó que tiña que facer.

MANLA. Pois podes irte cando queiras: búscanos no souto, pra merendar con nosoutros. ¿Con quen vas á romería?

AND. Vou coa miña nai.

MANLA. Está ben: aconséllote que non te apartes da sua vista.

AND. Queden ustedes con Dios. (Retírase).

MANLA. Hasta logo.

MAN. Que ocurrenzas tes, Manuela: ti pensas que as ra-

pazas gústalles estar sempre baixo da vista das suas nais.

MANLA. Non penso eso; pero sí que debemos aconsellalas. Bos están os homes, cada día con mais malicia, pra que as rapazas anden como andaba á pastora.

MAN. Toma viño, Farruco, que terás as gorxas secas. (Ofréceselo y bebe.)

CAD. (Bebiendo.) De este vino se puede tomar una cuba.

MANLA. ¿E ó can do batallón conque lavaba os pratos?

CAD. Con un estropajo y con la lengua.

MAN. Pois quedarían ben limpos.

ROS. Así tamén pode lavalos ó noso.

MAN. O noso can, si correra mundo, podería servir pra mestre.

CAD. Yo siempre lo he recordado desde los tiempos en que, por las noches, me acompañaba á las juergas.

DOM. ¿Porque non falas gallego, meu fillo, pra que todos te entendamos?

CAD. Porque ya perdí la costumbre.

ROS. Deixe que fale como fala, abueliña, que da xéneo oilo.

DOM. Pois eu non lle entendín ó que dixo da *compañía do can.*

MANLA. Nin eu tampouco.

MAN. Non fai falta entendelo todo... Pola garmalleira vai ó fume ó canizo... Eu penso que dixo que ó can era ó seu compañeiro nas *miuñadas.*

CAD. Eso es lo que he querido decir. (Abre una petaca y ofrece un cigarro puro á Manuel.)

MAN. Gracias, home, que este será millor que ó que venden nos nosos estancos, onde dan un tabaco que parece esterco. Pero eu nonche fumo *borreías:* picareino, é terei pra dous días.

ROS. Madre: si lle parece irei axudar á botar á comida á facenda.

MANLA. Sí, miña filla, vai, é mira tamén as galiñas. (Retírase Rosiña.)

DOM. ¿E cantos días estuveches no mar, Farruquiño?

CAD. Estuve ocho días. Salí de Sevilla el día 2 y llegué á Vigo, el día 10.

DOM. ¿Pero tí tamén estiveches en Sevilla? Eu pensaba que non saliras de Cades.

CAD. Sí, madre, si, yo estuve en Sevilla, y en muchos otros puntos de la hermosa Andalucía.

DOM. Pasarías moitos traballos, meu fillo.

CAD. No, señora, no. Yo en Andalucía no he pasado trabajos: he tenido suerte en aquel noble país; los hombres son buenos y las mujeres son mejores... Yo no puedo hablar más que bien de Andalucía.

De aquella tierra del sol,
tendría mucho que hablar:
¡Andalucía del alma
yo no te puedo olvidar!

DOM. Benditas sean as terras que fan ben á os meus fillos... ¡Quen estará pasando moitos traballos é Xaniño, que está na terra dos mouros!... Tenme á yalma partida... Dios, noso, Señor, queira que veña sano é salvo, como viñeches tí... ¡Moito tarda en chegar!

CAD. No tardará, madre, no tardará en venir, pues la guerra se está acabando...

DOM. Sempre están decindo ó mismo, é nunca acaba...

MANLA. Eu non sei pra que se meten en guerras; inda non salimos d'unha, cando se meten n'outra...

CAD. Porque hay quien no puede vivir sin guerrear.

DOM. Pois que guerréen os que desean guerra, é que deixen en pas á os demais.

MAN. Sempre houbo guerras, é sempre ten que habelas.

ROS. (Entrando.) Miña nai: ahí están as rapazas da aldea, convidándome pra que vaya con elas á romería.

MANLA. (Con entereza.) *Eso non; dilles que moitas gracias, pero que tí irás cando vayamos nosoutros.*

ROS. Está ben. (Retírase.)

DOM. A probiña tamén quedrá divertirse.

MANLA. *Que se divirta á nosa vista, que pra eso ten pais. Mentras eu viva, Dios mediante, non me descoidarei...*

CAD. Eso está muy bien. Ojalá te imitaran las demás madres, y se evitarían muchas cosas...

MAN. Sí, está ben, pero tampouco hai que apretar moito á mau.

MANLA. *Non, Manuel, non; eu non apreto moito á mau...* Xa sei como á debo apretar; pero peor sería que por non apretala, viñera algun malvado á facer burla da nosa filla... Tí serías ó primeiro que me botarías na cara ó meu abandono, é terías razón. *A obrigazón de unha madre é moi grande...*

MAN. Bueno, muller, bueno. Eu non teño nada que decir contra eso, pero fagamos de modo que á nena non perda á romería. Ben boa é ela, que ve marchar as outras rapazas da aldea, é non se queixa por non ir con elas.

MANLA. Non se queixa porque á teño enseñada, é sabe que non adiantaría nada con queixarse.

DOM. Pois non perdades ó tempo, si habedes de ir á romería, xa que ó meu Xaniño non ven pra acompañarvos.

MAN. Non tardará, madre, non tardará, que na última carta decía que pensaba vir pra festa.

DOM. Sí, eso decía, pero ó caso é que non veu... ¡Quen sabe como estará ó probiño!... Nunca me dou nada que sentir; nunca me dí que está enfermo; sempre me dí que ten saúde; que está contento; é namentras que el me dí esas cousas, ó meu corazón dime outras... ¡Quen sabe si estará enfermo, ou ferido en algún hospital... (Llora.)

MANLA. Non hai motivo pra eso, madre; á última carta é ben recente, é está escrita por él.

CAD. ¿Qué dice en esa carta?

MAN. Trai á carta, Manuela, pra que á lea Farruco.

MANLA. Aquí está á carta: toma Farruco pra que á leas alto á todos.

CAD. Venga, la leeré:

Zeluán 2 de Abril de 1914.

Mi muy querida madre: Estoy muy contento con

la última carta de V., porque veo que está bien de salud y lo mismo mis hermanos, Rosita y demás parientes. Yo, querida madre, no tengo novedad, gracias á Dios, disfruto buena salud y no tenga cuidado por mí, pues ya vamos teniendo muchos moros amigos.

Todos los días me acuerdo de las valentías de mi hermano Farruco, porque los moros á los españoles valientes, les llaman farrucos.

Estos moros amigos saben más gramática parda, que el mismo que la inventó. Tan pronto están haciendo zalemas ante los cristianos, como están afinando la puntería.

Saben mucho; pero *sabiendo nosotros más que ellos*, no hay novedad.

De Zeluán poco tengo que contarles, porque poco se diferencia de Nador, y ya en otra carta les conté lo que era Nador. Todo lo que decían de *Palacios,* de *Serrallos*, de *Odaliscas*, de *Sultanas* y de grandes cosas, son cuentos de la feria.

Yo no diré que aquí no haya minas, pero creo que las mejores minas están en España.

Gracias á Dios ya estoy cumplido y esperando mi licencia que está demorada porque el vapor que la trae fué huyendo del temporal á Chafarinas, que es otro punto que dará tanto fruto, como el Cabo de *Tres Forcas*.

Creo que me darán la licencia, á tiempo para poder llegar á esa antes del día de la fiesta, y para ese día reservo lo demás que tengo que contarles, pues la vida de Juan Soldado, es mejor para dicha que para escrita.

No tenga V. ninguna pena por mí, que ya pronto me tendrá á su lado, reciba un abrazo muy apretado de este hijo que nunca la olvida y con otros á Manuel, á Rosiña y á Farruco, si llegó de Cádiz, mande lo que guste á su hijo que mucho la quiere, *Juan.*

CAD. Pues no hay motivo ninguno de tristeza, porque esta carta, no puede ser más satisfactoria.

DOM. Todas sus cartas son así... Anque estéa morrendo non me dirá que está mal... ¡Malpocado! ben sabe que eu non lle poido valer... Ben sabe que me mataría unha mala noticia.

ROS. (Entrando precipitadamente.) ¡Abueliña! ¡Madre! ¡Aquí está ó tío Xan!...

DOM. (Corriendo.) ¡Onde está!...

XAN. (Entrando apresuradamente, con pantalón encarnado, guerrera, gorro militar, el canuto de la licencia colgado de una cinta con los colores de la bandera nacional, morral á la espalda, y una cruz en el pecho.) ¡Madre!...

DOM. ¡Meu fillo! (Abrázanse. Alborozo general, varios vecinos y vecinas acuden á la novedad y todos saludan y felicitan á Juan. Dominga después de repuesta de su gran emoción, dice:) ¡Gracias dou á Dios todo poderoso, que me fai ó gran miragre, de ver hoxe á os meus fillos xuntos. Así llo pedin na misa esta mañan, cos meus ollos cheos de bágoas, é Dios noso Señor, fíxome este gran favor... ¡Gracias, meu Dios, gracias!... Agora mándame á min todo los traballos da terra, que nunca me queixarei...

XAN. Vaya, madre, serénese que ya estoy aquí, y ahora la atenderé mucho, porque sé lo que vale una madre... Ahora sé que, aún ausente, la madre es el consuelo de sus hijos... Que en los duros trances de la vida, en los grandes peligros, en los terribles combates, cuando los soldados caen heridos y ven encima la implacable muerte, no se oye más voz, ni más exclamación, ni más grito de consuelo, que el de ¡¡Ay, mi madre!!

DOM. Ti sempre fuches bó pra min, meu fillo; non podes ser millor do que eras... Séntate pra que descanses; quítenlle esa mochila, mentras que eu vou correndo, á facerlle unha tortilla, ó meu gusto...

JUAN. No se moleste, madre, que yo no tengo prisa.

MANLA. Eu lle farei á tortilla.

DOM. Non, non, ten que ser feita polas miñas maus... ¡Non faltaba mais!... (Vase.)

JUAN. ¡Pobre madre, cuánto habrá sufrido!

MANLA. ¿Cantos mouros mataches, Xan?

JUAN. No daban tiempo de contarlos.

CAD. ¿Pero cuándo se acaba esa dichosa guerra?

JUAN. Cuando se acaben las chumberas.

MAN. De boa te libraches Xan.

JUAN. Fué regular.

MAN. Cóntanos algo do que pasa por aló, mentras ven á tortilla.

TODOS. Sí, sí, que conte as cousas dos mouros.

MAN. E á dos cristianos...

JUAN. Contaré lo que pueda contar. .

VARIOS. Bueno, bueno, conta ó que poidas contar.

JUAN. Pues *oído á la caja;* que voy á contar *algo de Juan Soldado.*

Allá, en el Africa ardiente,
tierra de *refriega larga,*
de chumberas peligrosas
y de mucha *martingala*,
allá está Juan Soldado
con su morral á la espalda.
Allí está su campamento
con bandera desplegada,
con el maüsser preparado
y la bayoneta armada,
sin con *pequeño machete*
aún no ha sido *reemplazada.*
Allí resuenan los nombres
de O'Donnell, Prim y Zabala,
á quienes honra la historia
y el poeta los ensalza,
como recuerdo imborrable
de nuestra gloria pasada.
Allí se pasan las noches
detrás de las alambradas,
con poca ó con mucha agua

y las raciones tasadas,
mientras llegan los convoyes
que las llevarán mojadas.
Porque allí los temporales
cuando dicen ¡ahí va agua!
todo lo inundan y arrasan
en el llano y en la montaña,
y cuando el sol dice ¡aquí estoy!
nos hace arder las pestañas.
Al resplandor de la aurora,
cuando canta la cigarra,
se levanta Juan Soldado,
si es que pudo usar la cama,
y empieza la descubierta
por la maleza enredada.
Todos marchan silenciosos
y atentos á la celada,
registrando la espesura
que al moro traidor halaga,
para sus grandes astucias,
para su eterna emboscada.
De repente el monte oscila,
suena certera descarga
á la que contesta altiva
nuestra tropa veterana,
rujen y gritan los moros
como fieras en la jaula.
Ruedan los muertos y heridos
desde el cerro á la cañada,
los moros, al fin, vencidos,
emprenden la retirada,
y Juan Soldado descansa
para seguir la jornada.
Porque los pacos rebeldes
siempre están de vigilancia,
sosteniendo la campaña
con admirable constancia,
pero estas son pequeñeces
que carecen de importancia.

ESCENA III.

Dichos: DOMINGA y ROSIÑA

DOM. (Entrando acompañada de Rosiña, con la tortilla, el cubierto, una botella de vino y un pequeño mantel que tienden y colocan en la mesa.) Vaya, aquí está á tortilla: ven meu fillo. (Fijándose en que aún tiene puesto el morral.) ¿Pero inda tes posta á mochila? Eu cha quitarei. (Acércase á su hijo para quitarle el morral,)

JUAN. No se moleste, madre, que yo solo puedo quitármelo; ni siquiera me había fijado que aún lo tenía puesto. (Quítase el morral que la madre coje para llevárselo y él dice:) No se lo lleve, madre, que quiero cojer unos pequeños obsequios que traigo en él. (Lo abre y cojiendo dos cajetillas de pitillos que entrega á Manuel y Farruco, dice:) Este tabaco es habano, y os lo traigo para vosotros: me correspondió del regalo de Navidad, que para el ejército español en Africa, enviaron, generosamente, los españoles residentes en la Isla de Cuba, y los cubanos que no perdieron su amor á España.

M. Y C. Muchas gracias.

JUAN. (Cojiendo y desdoblando un pañuelo pequeño de colores, que entrega á Rosiña.) Este pañuelo es para tí, Rosiña.

MAN. ¡Contra!

ROS. ¡Qué precioso! ¿Onde-o mercou, tío?

JUAN. Lo compré en Zeluán: es igual al que usan las zeluanesas bonitas.

ROS. Estrenareino na romería.

JUAN. (Cojiendo otro pañuelo semejante al anterior y entregándolo desdoblado á Manuela.) Este, comprado en Nador, es para tí, Manuela.

MAN. ¡¡Contra!!

MANLA. Moitas gracias: gardareino pras festas.

JUAN. (Cojiendo otro pañuelo mayor, de colores oscuros, dice:) Este es para quien más quiero en el mundo. Es para mi buena madre.

MAN. ¡¡¡Recontra!!!

CAD. Yo también traigo unos recuerdos de Cádiz, que están en el baul que dejé en Santiago, para que lo traiga el carro del cosario.

JUAN. (Entregando el pañuelo á su madre.) Tome, madre, este recuerdo que compré en Melilla, y que le traigo como muestra de mi cariño, y en pago de lo mucho que usted ha sufrido pensando en los trabajos y peligros que yo pasé en la guerra.

DOM. (Cojiendo, besando y doblando punta con pnnta el pañuelo, se lo coloca al cuello y dice:) ¡Gracias, meu fillo! ¡Este é un manto de reina! Estrenareino agora mismo, é usareino mentras viva... Despois de morta, que mo deixen posto, pra que me quente debaixo da terra. (Arrodíllase, cruza las manos y, mirando hacia el Cielo, con efusiva devoción, exclama:) ¡Gracias, Dios, Todo Poderoso! ¡Gracias, por tan grandes favores!... ¡Eu son á madre mais felís do mundo!

BAJA LENTAMENTE EL TELÓN.

ACTO CUARTO

Campo de romería, bajo algunos árboles frondosos: lo más animado posible de romeros y romeras, con diferentes trajes aldeanos y ciudadanos; entran y salen, pasean, hablan y ríen, comen rosquillas y beben vinos y licores: una ó más parejas de mozos y mozas con el antiguo traje típico de calzón, chaqueta, chaleco, polainas y montera el mozo, teniendo una vara larga en la mano; y la moza dengue encarnado y mantelo negro, adornados de terciopelo, el pelo peinado en dos trenzas caidas sobre la espalda, atgollas ó pendientes largos. Una pareja atraviesa el escenario, tocando panderetas. Algún grupo sentado merendando, que sucesivamente, se levantan, pasean ó retiran. Una mesa con rosquillas y licores y á su lado de pié ó sentada una ó dos rosquilleras: un pellejo de vino sobre un cabellete, cubierto con ramas de hojas verdes: á su lado el vinatero: éste y las rosquilleras hablan entre sí, ó con los romeros que compran rosquillas ó bebidas. Algunos cohetes (voladores). Un gaitero y un tamborilero tocan la *muiñeira,* durante algunos minutos entre bastidores; y á falta de dichos músicos, otros con diferentes instrumentos ejecutan en el mismo punto y por poco tiempo otra tocata bailable: el gaitero, ó los otros músicos, en su caso, atraviesan el escenario tocando, simulando dirijirse al lugar del baile; cesando su tocata al desaparecer de la vista de los espectadores. Si, además de gaita y tamboril, hay bailadores para bailar la *muiñeira, al terminar la función*, según se expresa en las advertencias adicionales de la Comedia; deben suprimirse las expresadas tocatas entre bastidores y la exhibición de los músicos de que habla este párrafo, tocándose y bailándose la referida danza al terminar el cuarto acto. En el centro del proscenio están sentados ó recostados, formando corro, acabando de merendar, Manuela, Manuel, Rosiña, Cadista, Juan y Andrea, la criada, Manuela y Rosiña con el traje característico de dengue encarnado y mantelo negro, adornado de terciopelo peinadas con dos trenzas, pequeños pañuelos de seda al cuello y otros en las manos, argollas ó pendientes largos: la criada también con dengue y mantelo, ó con traje curioso semejante á las criadas de las poblaciones. Manuel, con pantalón, chaqueta, chaleco, sombrero y camisa de cuello á la marínera, sin corba-

ta; ó en el más típico de calzón, polainas, chaqueta, chaleco y montera. Cadísta con traje nuevo de americana, y Juan vestido de soldado, según llegó á su casa; sin canuto ni morral. La criada recoje el mantel y las servilletas y las acondiciona en el cesto, dejando la jarra del vino con los vasos fuera: después habla bajo algunas palabras con su ama y se ausenta, dejando allí el cesto. Manuela sentada junto á Rosiña, habla bajo con su hija, sin dejar de atender ambas á la conversación de los hombres. Estos beben y fuman con frecuencia, encendiendo los cigarros, Manuel con yesca y piedra antigua, Juan con cerillas y el Cadista con mechero moderno.

ESCENA PRIMERA

MANUEL, MANUELA, ROSIÑA, CADISTA, JUAN.

MAN. Verdadeiramente, é un grande miragre que nos vexamos reunidos en este souto, despois de tanto tempo que levábamos separados.

MANLA. Dios oie sempre á quen lle pide de veras; non podía deixar de atender os rogos da nosa nai. E moito ó que ela pideu polos seus fillos.

ROS. A min fíxome rezar bastante por eles.

MANLA. Sí, pero tí, non rezaches tanto como ela.

ROS. Tanto non, porque ela sempre estaba rezando.

CAD. Bastante lo agradecemos.

JUAN. Nuestra madre es muy buena: es una santa. Cuando uno está fuera y corre peligros, es cuando más se acuerda de su madre. En los hospitales y en los campos de batalla, cuando se hacen dolorosas curas, siempre se oye exclamar: ¡Ay, mi madre! Cuando yo me sentí herido...

TODOS. ¿Herido?

JUAN. Sí; yo recibí una herida en un rudo combate sostenido contra los moros, y cuando lo advertí me acordé de mi madre.

Después que recobré el conocimiento que había perdido, encargué á mis compañeros que no dieran la noticia á sus familias, para que no se enterase mi madre. Ya que ella nada podía remediar, pensé que nada debía darle que sentir.

MAN. Pois nada chegou á nosa noticia: nas tuas cartas sempre decías que non tiñas novedad.

MANLA. Foi millor así; á nosa nai morrería de pena, si soupera que ó seu fillo estaba ferido, é que ela non podía atendelo.

JUAN. Por eso lo he ocultado.

ROS. ¿E como foi ferido, tío?

JUAN. Ahora lo sabreis, pues merece saberse. El hecho ocurrió del modo siguiente: (Levántanse todos; los romeros próximos se acercan, prestando atención y después de este relato se retiran.)

En una mañana, muy temprano, después de hacer la descubierta, salí con mi compañía, á practicar reconocimientos por las inmediaciones de la posición aislada, que ocupaban varias fuerzas. Creo que nos separamos algo más de lo regular. Anduvimos como una hora, sin tener novedad: íbamos en orden de batalla, subiendo una cuesta escabrosa, con los maüsers cargados y los cuchillos armados, y cuando estábamos llegando á la cúspide de la misma, vimos, de repente, que por el lado contrario también subían los moros, en un número aproximado al nuestro, más bien más que menos. Nos encontramos á pocos pasos de distancia.

Al vernos unos y otros, todos hicimos alto, quedando un instante suspensos y plantados: ni nosotros retrocedimos un paso, ni los enemígos tampoco.

Los ojos de los moros brillaban como rayos. Estiraron el cuerpo, como si fuera elástico, dando á su semblante una actitud soberbia y amenazadora; levantaron los brazos hacia el cielo, y, sacudiendo, rápidamente, los jaiques sobre su cabeza, parecían fantasmas gigantescas.

La lucha, cuerpo á cuerpo, era inevitable. Mi capitán, que era una arrogante figura y un bravo militar, dirigió una mirada escrutadora á su com-

pañía, y, viendo que todos estábamos en orden de combate, esperando su voz de mando, también se estiró cuanto pudo, con tanta ó más soberbia y arrogancia que los moros: alzó el brazo derecho con el sable empuñado, y, blandiéndolo briosamente, con voz enérgiea, dijo: «¡Fuego, y á cuchillo!»

Nuestras descargas sonaron al mismo tiempo que las que nos hicieron los moros: cayeron varios muertos y heridos de ambas partes, lanzando exclamaciones cristianas y mahometanas: el capitán y los oficiales avanzaron resueltamente, delante de la compañía; los sargentos les siguieron como leones, y los cabos y soldados, no hemos querido ser menos.

Los moros, saltando como corzos, y gritando y rugiendo como fieras rabiosas, nos salieron al encuentro, unos con gumías y otros con fusiles en las manos: el estruendo de nuestras armas al chocar con las de los moros, fué terrible. Varios oficiales, clases y soldados murieron matando enemigos; varios heridos seguían luchando tendidos en el suelo. El capitán recibió varias heridas, y siguió batiéndose y animándonos con gran heroismo. Yo también me hallaba herido de un balazo, pero no me dí cuenta de ello, hasta que cesó el combate: entonces sentí el dolor.

Por algún tiempo, la victoria estuvo indecisa: después los moros, viéndose acosados, trataban de apoderarse de un cerro inmediato, para batirnos con ventaja. El capitán, con buen golpe de vista, como buen militar, los atajó, gritando: «¡Aquí soldados! ¡Aquí valientes!» Todos acudimos, rápidamente, abriendo el paso á viva fuerza; y, á duras penas, se logró desalojar á los moros que se habían posesionado de aquella altura.

Entonces los rifeños se dispersaron, huyendo por la misma cuesta que habían subido, y mi capitán,

colocado en la cima del cerro, alzó cuanto pudo, su brazo derecho, con la misma gallardía que lo había alzado al comenzar el combate, teniendo al terminar, el sable partido y teñido en sangre de la pelea; y, con el rostro lívido, cadavérico, por la mucha sangre que manaban sus heridas, viendo llegar el fin de su vida en aquel mismo punto; y antes de caer muerto, con voz trémula, entrecortada y patética, dijo: «¡Soldados! ¡Compañeros y amigos del alma!... *¡Hemos luchado con honor!... ¡Yo muero dichoso!... ¡Llevaré vuestro recuerdo á la gloria!... ¡Dar mi adiós á la Patria, y que proteja á mis hijos!*»

VARIOS. Así mueren los valientes.

CAD. Así mueren los héroes: para esos está la cruz laureada de San Fernando.

JUAN. Así mueren los héroes y los patriotas; para ellos está también el agradecimiento de la Patria, que es la mejor recompensa.

Seguidamente de ver muerto al capitán, también yo caí desfallecido y sin conocimiento, por la pérdida de sangre; y cuando recobré el sentido, me hallaba en la ambulancia, entre los demás heridos, ya curados y vendados.

CAD. Pues corriste un verdadero peligro.

MANLA. Razón tiña á nosa nai, cando pensaba que ó seu fillo estaba ferido. Ben decía: «ó meu corazón non me engaña».

ROS. Parece que ó estaba vendo: choraba que daba lástima.

MAN. Ben preto tuveches á morte Xan; merecías que falasen de tí os papeles públicos.

CAD. Sí, que lo merece; bien ganó la cruz que lleva en el pecho.

MANLA. ¿E canto ten de paga?

JUAN. Tiene 30 reales al mes.

MANLA. Non é moito.

MAN. Menos sería nada.

CAD. Eso no se mira por la importancia de la paga: se mira por la honra que dá al que la lleva.

ROS. ¿E vostede matou moitos mouros, tío?

JUAN. No he tenido tiempo de contarlos, pero algunos cayeron.

MAN. Cando un vé preto á sua morte, non se detén á contar as mortes alleas. Manuela, manda traer algunhas rosquillas, é unhas copas de resóleo, que hoxe hai que mesturalos co viño. (La rosquillera y el licorero traen lo indicado y todos le hacen los honores.)

CAD. Este licor es de las cuatro perlas.

MAN. Está feito coas millores uvas do *Riveiro*, é dos *Peares*.

JUAN. Tiene un gusto muy agradable.

MAN. Xan xa nos contou algunha cousa do que pasa na guerra: agora tócache á tí, Farruco, de decirnos as cousas boas que ten Andalucía. Onte empezabas á falar cando chegon Xan.

CAD. (Algo alegre con los vinos y licores.) Lo haré, con mucho gusto. De Andalucía hay mucho bueno que contar; pero donde hay más que ver es en Sevilla, que es la capital de aquel antiguo Reino. Sevilla es una gran ciudad que no conoce la tristeza, y donde se puede vivir sin trabajar.

MANLA. ¡Qué sorte!

ROS. ¡Que ben estarán as sevillanas!

JUAN. No están tan bien las pobres moras, que trabajan como bestias.

MAN. Tamén aquí traballamos bastante, é menos mal cando á terra da pra comer. ¿Cómo pode ser eso de que en Sevilla vivan sin traballar?

CAD. Puede ser, porque en Sevilla cae un maná del cielo, que es suficiente para el sustento de todos.

MANLA. Ese é un miragre de Dios: os sevillanos deben de ser moi fieles cristianos.

ROS. ¿E en Sevilla non hai hortas nin prados?

CAD. Sí, Rosita, sí; en Sevilla hay de todo para el recreo y regalo de los enamorados. Y hay que ver

aquel barrio de Triana, y aquellas trianeras, regando las azucenas.

MAN. ¿E teñen boas leiras?

CAD. Allí no hay leiras: allí lo que hay son muchas leguas de tierras y vegas que se pierden de vista; son una bendición de Dios. Además, hay muchos cortijos y muchas *cortijás*, con unas cortijeras que hacen perder el *sentío*.

MAN. Agora si que falaches ben enrevesado: parece latín: facía falta Alfredo, pra entenderte.

MANLA. Alfredo quedóu en vir: extraño que inda non viñese.

ROS. Alfredo entende todo ó que dí ó tío Farruco. Deprendeu moito cos cegos, é cas cegas.

MAN. ¿Qué cegos, nin que boi morto? Esta rapaza, canto mais medra, mais toléa.

JUAN. No se sabe de qué ciegos hablará.

MAN. Fale de quen fale, ¿qué teñen que ver os cegos, nin as cegas, cos estudios é conocementos de Alfredo?

MANLA. Son ditos de mulleres que os homes non entendedes.

MAN. Entonces ainda vosoutras falades un latín mais enrevesado, que Farruco.

ESCENA II.

Dichos: ALFREDO con traje elegante de montar, botas, espuelas y guantes color de avellana: un latiguillo en la mano: trae un pequeño bouquet de flores, que, después de saludar, entrega á Rosiña, y que ésta recibe dándole gracias.

ALF. Buenas tardes, señor Manuel y compañía.

MAN. Moi felices, Alfrediño. xa pensei que non viñas á vernos esta tarde; sinto que non viñeras á tempo, pra merendar con nosoutros.

ALF. Muchas gracias, señor Manuel. No he podido venir antes, porque mi padre también quiso acompañarme y he tenido que esperarlo.

MANLA. ¡Que milagre é ese! Fai moito tempo que ó señor fidalgo, non viña as romerías; antes sí que era moi dlvertido.

CAD. Habrá querido venir con su hijo.

JUAN. Es natural.

ALF. Ha tenido que venir para un asunto interesante: ahora quedó saludando á los condes de Meirás: luego vendrá por aquí.

MAN. Moito nos honrará.

MANLA. Sí, por certo.

ROS. O señor fidalgo é mais sério que Alfredo, pero é moi bó. Os caseiros din que na terra non hai outro fidalgo que queira á os probes como él os quere. Sempre ten á porta aberta pra dar limosnas.

MANLA. Como que todos lo días senta un probe á sua mesa.

ALF. Eso es muy cierto: hoy comió con nosotros un pobre ciego.

CAD. ¡Eso es admirable!

ROS. Non ten ningun orgullo.

JUAN. Pues imita á Jesucristo.

MANLA. En imitar á Jesucristo, está á millor fidalguía. Os fidalgos que sentan á sua mesa á os probes cegos; serán sentados na groria, pola gracia de Dios.

MAN. Toma unha copa, Alfredo, é bebamos todos á saú de do señor fidalgo, que e unha honra de Galicia. (Beben todos.) Pois, como che iba diciendo, eu estaba extrañando que non viñeras, é, verdadeiramente, facías falta aquí, pra que nos prestaras un servicio.

ALF. Estoy á su disposición, y muchas gracias por el buen concepto en que tienen á mí padre.

MAN. E moi merecido. Meu hirmau, Farruco, que, como tí sabes, chegou onte de Andalucía, estaba facendo ó conto das boas cousas que hai en Sevilla, *é como fala algo en latín*, eu pensaba que tí podes espricarnos as palabras que non entendemos.

ROS. Alfredo sabe moita gramática.

MANLA. Alfredo sabe de todo.

ALF. De todo no entiendo: no sé si podré servir de intérprete, porque ayer reparé que Francisco habla *un latín* especial, que es difícil de entender.

CAD. Mucho sentí, amigo Alfredo, la bronquilla que hemos tenido ayer.

ALF. No tengas pena por ello: yo ya lo olvidé.

MAN. ¿E que pasou?

CAD. Una pequeña disputa, por si Diego Çorrientes, y otros *personajes célebres,* nacieron acá ó nacieron allá. (Alfredo y Rosiña parrafean sin dejar de atender á los demás.)

MAN. ¡Bah! Quen fai caso de esas cousas: cada un nace onde ó pare á sua nai.

MANLA. Moi certo.

JUAN. Y nadie puede escoger el punto de su nacimiento, ni los padres que ha de tener.

MAN. Esas cousas están dispostas por Dios, que ben sabe ó que fai. Nosoutros contentémonos con saber ó que hai de bó é de malo, polo mundo. ¿Qué mais cousas boas ten Sevilla, Farruco?

CAD. De cosas buenas, Sevilla tiene ¡la mar!

MAN. Non sendo mais que eso, pouco nos ganará, porque mar hai de abondo en Galicia.

CAD. Aquella es otra mar.

ESCENA III.

Dichos: Sr. CURA

CURA. Dios sea con vosotros: ¿parece que hay forasteros?

MAN. (Descubriéndose, en lo que le imitan todos.) E que Dios tamén sea con vostede, Sr. Cura. Os forasteiros son da casa, ou pouco menos. Aquí lle presento á meus hirmaus Farruco é Xan, que viñeron onte de Cadis, é de servir ó Rey.

CURA. Mucho gusto tengo en ello y de que hayan venido sin novedad, al hogar nativo, que nunca debe olvidarse. Cubránse todos. (Se cubren todos.)

CAD. Y nosotros tenemos el honor de saludar á usted, Sr. Cura.

JUAN. Lo mismo digo.

MAN. Tamén lle presento á Alfrediño, (que xá merece chamarse Sr. Alfredo, polo moito que medrou é polos estudios que ten) ó fillo do señor fidalgo da casa grande, que chegon onte de Santiago, onde está seguindo á carreira de médico.

ALF. Servidor de usted, señor Cura.

CURA. Muchas gracias á todos: Alfredo ya me saludó esta mañana en la sacristía. Este es de los buenos, como su señor padre. Es un buen católico, que no está pervertido, ni maleado, en las escuelas modernas, que tantos estragos vienen causando.

MANLA. Alfredo é moi cristiano.

CURA. Falta hacía que todos fueran como él; no se perderían tantas almas como se pierden.

MANLA. Dios terá compasión dos que sean malos.

CURA. Dios también se cansa de perdonar y de tener compasión.

MAN. Hai que pedir que non lles falte un minuto de arrepentimento.

CURA. Sí, debemos pedir eso; pero lo mejor será que no esperen al útimo minuto de su vida, para arrepentirse. ¿Y sus hermanos qué cuentan de lo que pasa en la guerra, y en Andalucía?

MAN. Xan xa nos contou algo do que pasa na terra dos mouros, é Farruco estaba empezando á contar as cousas boas que ten Sevilla.

CURA. Pues que siga hablando, que le oiré con gusto. Todo lo de Sevilla es muy interesante. Los templos, las semanas santas, los sermones de los más sábios predicadores, las procesiones y las imágenes de aquella cristiana ciudad, tienen fama universal. Yo no pienso morirme sin ir á verlos.

MAN. (Ofreciendo vino al Sr. Cura.) Hónrenos, señor Cura, tomando este vaso de viño.

CURA. Muchas gracias, Manuel, pero no puedo compla-

certe. Yo no tomo más vino que el consagrado en la misa. Por eso no dejeis vosotros de tomarlo.

(Todos los hombres beben diciendo, á la salud de V. Sr. Cura).

CURA. Que aproveche y de bien les sirva.

ESCENA IV.

Dichos: PEREGRINO con barba larga, blanca y sombrero en mano.

PER. Alabado sea el Santísimo Sacramento. (Todos se descubren.)

CURA. Alabado sea el Señor del Cielo y de la tierra.

TODOS. Alabado sea Dios.

CURA. Cúbrase usted, señor Peregrino; cúbranse todos. (Todos se cubren.)

PER. ¿Tengo el honor de hablar al Sr. Cura de esta Parroquia?

CURA. Al mismo hablais, buen cristiano. ¿En qué puedo serviros?

PER. En proporcionarme un humilde albergue, donde puedan descansar mis pecadores huesos, durante la noche que se avecina. He recorrido hoy la distancia que nos separa de la Jerusalén de Occidente, la cristianísima ciudad del Campo de la Estrella, hoy Compostela, donde se encierra el sagrado cuerpo del glorioso Patrón de España, Santiago Apóstol, el Mayor, y, como mísero mortal, mi cuerpo necesita algún descanso, y algún alimento, para poder seguir mi itinerario.

CURA. La casa rectoral está á la disposición de usted: allí tendrá un albergue y una modesta colación, para el tiempo que los necesite.

PER. Dios se lo pague á usted, señor Cura.

MAN. Tamén pode vir á nosa casa, que está mais preto.

MANLA. Todos lle serviremos con moito gusto.

CURA. Como guste.

PER. Muchas gracias, nobles labriegos: que Dios les conserve la salud, y les aumente sus bienes espirituales y corporales.

CAD. (Ofreciendo vino al Peregrino.) Tome usted, amigo, que debe traer sed del camino.

PER. Muchas gracias: no puedo aceptarlo, porque durante el tiempo de mi peregrinación, solo puedo alimentarme de pan y agua.

El pan me lo han facilitado las buenas almas que encontré en mi camino, y del agua de las fuentes cristalinas que abundan por estos campos, aún llevo alguna en la calabaza.

CAD. Pues á mí me sería difícil hacer peregrinaciones, con esa condición.

CURA. Todo es preciso para hallar expedito el camino de la gloria, después de purificarse en el purgatorio.

PER. Y dichosos los que, con estos pequeños sufrimientos y privaciones, puedan alcanzar la gloria eterna.

CURA. Muy cierto. Que cuente Francisco, lo que tenía que contar de Sevilla.

CAD. Estoy á la disposición de *usía*, Sr. Cura.

CURA. Gracias por ello y por el tratamiento de *usía*, que me dás: yo estaba ignorante de que lo tenía, y, seguramente, no lo tengo, si tú no me traes alguna encomienda honorífica, de Carlos III ó de Isabel la Católica, de las muchas que reparten los gobiernos.

JUAN. Bien la merecía usted, señor Cura, mejor que muchos que las ostentan en todas partes.

CAD. Yo bien quisiera haberle traido á nuestro antiguo y buen señor cura párroco, alguna gran cruz, con su banda correspondiente; pero aún no he podido ser diputado, ni senador, para solicitarla del ministro de Gracia y Justicia. Cuando *entren los míos*, que ya están á las puertas del poder, pues se marcha por ese camino, cuente usted con ella, porque, bien merece una *excelencia*, mejor que muchos *excelentisimos*, que la llevan sin merecerla, debiendo llevar otro mote.

CURA. Gracias, hombre, gracias, por tu buena voluntad. ¿Qué hay de bueno por Sevilla?

CAD. Por Sevilla, de bueno, hay ¡la mar!, señor Cura.

CURA. ¡Bá! ¡bá! Lo que sobra en todas partes es mar.

JUAN. Eso mismo le dijo Manuel.

CAD. Y yo le respondí, que aquella es otra mar. La mar de Andalucía, en el color es igual á la mar de otras partes; pero en el sabor es muy distinta.

CURA. Ahora lo entiendo menos.

PER. Yo he corrido muchos mares y tierras. Estuve en las grandes procesiones de Sevilla, visité aquellos grandes templos: subí á la torre de la Giralda, para contemplar aquel hermoso panorama, y nunca hice el descubrimiento que acabamos de oir.

CAD. Pues lo harán ustedes ahora, si tienen paciencia para oirme.

CURA. La tendremos, hombre, la tendremos.

CAD. Mucho me place. No es un misterio en el mundo, que los mares de Andalucía, tienen *mucha más sal*, que los mares del resto del globo terráqueo; y si alguno lo dudase, no tienen que hacer otra cosa que ir á ver aquellas grandes salinas, de que se surten Europa y América. Esta es la gran diferencia que existe entre aquellos y los otros mares. Y ello es debido á un procedimiento *físico*, *higiénico* y *terapéutico*.

CURA. Este hombre ó es un sabio, ó está disparatando.

PER. Soy de la misma opinión.

CAD. Pues yo opino que, en lo que digo, no hay sabiduría, ni chifladura. También sabrán ustedes que los mares son como las tierras. Hay bueno y hay malo. Unas tierras producen buenos frutos, y otras son completamente estériles. Y los mares, unos crían buenos peces, para alimento y regalo del género humano; y otros crían unos *tiburones*, que hacen temblar al Ministerio.

CURA. En eso no vas muy desacertado.

PER. Es observador.

MANLA. ¡O que sabe!

ROS. Tamén estudiou gramática.

ALF. Tiene ideas generales.

JUAN. Lo cierto es que entretiene.

MAN. Pouco che falta pra cantar misa, Farruco.

CURA. Si quiere estudiar la carrera eclesiástica, yo lo recomendaré al Prelado.

CAD. Muchas gracias, señor Cura; pero ya tengo poca memoria. La gran virtud, la especialidad de los mares de Andalucía, se encierra en la abundancia *de la sal*, y no en la mayor ó menor cantidad de *pejes* ó *tiburones*, que pueda criar.

CURA. Pues resulta un descubrimiento digno de los grandes cerebros alemanes.

PER. Lo raro del descubrimiento es que este hombre haya sido el primero en advertirlo.

CAD. Alguno debía ser el primero.

MANLA. ¿E que mais cosas boas hai en Sevilla, Farruco?

CAD. Hay muchas, Manueliña, hay muchas. En Sevilla hay mucho bueno. Por algo las sevillanas llevan en la mantilla, un letrero que dice: ¡Viva Sevilla!

JUAN. Toma vino, Francisco, que tendrás la garganta seca.

CAD. (Bebe.) Gracias, Juan, por tu recuerdo, pues yo ya me había olvidado de que hubiera mosto en el mundo. Como iba diciendo, aquel Sevilla, para admirarlo, hay que verlo. La vega es ideal, pero no hablemos de ella: hablemos de la ciudad, que aún es más hermosa que la vega. Las casas no son de turrón, porque serían muy prosáicas en un campo tan poético. Sevilla descansa reclinada como una hermosa sultana, en un lecho de perlas, jazmines y azahares. Allí todas son maravillas. Tiene una *caña* ¡qué *caña!*, y unos hombres, ¡qué hombres!, y unas mujeres, ¡qué mujeres!, y unas *jembras*, ¡qué *jembras!*, y unos toreros, ¡qué toreros!, y unos *picaores*, ¡qué *picaores!*, y unas *cantaoras*, ¡qué *cantaoras!*, y unas *bailaoras*, ¡qué *bailaoras!*, con unos *andares*, ¡qué *andares!*, y unas *caeras*, ¡qué *caeras!*, y unos *arrabales*, ¡qué *arrabales!*

CURA. (Descubriéndose y haciendo la señal de la cruz.) En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo... Sálvalo, Señor, que si no está borracho, está condenado.

PER. ¡Oh Dios de los Cielos y de los ejércitos, atiende el ruego de este venerable párroco.

MANLA. Perdóneo, señor Cura, que non sabe ó que está decindo.

CURA ¿Bebió mucho vino?

MANLA. Bebeu catro netos do que din que está composto, é moitas copas de augardente.

CURA. ¡Qué melón! Pues ahora que beba otra tanta agua bien caliente, *para que reviente.* (Márchase enojado el señor Cura.)

CAD. ¿Pero yo he dicho algo?... ¡Si yo no he dicho nada!

MANLA. ¡Qué desgracia!

ROS. ¡Qué dolor!

PER. Pidamos á Dios por ese pecador. (Arrodíllase el Peregrino: le imitan todos: oran unos instantes y se levantan.)

MAN. Eu non sei onde está ó ten pecado, Farruco, porque non estudiei pra crego.

ALF. En lo que ha dicho Francisco, no hay gravedad.

MAN. Pois que siga ó seu conto sin mais novedá.

MANLA. Pero que fale eu latín, pra que se condene el solo.

ROS. Millor será que non peque.

JUAN. Hablando de la ciudad, sin meterse en los *arrabales,* no hay cuidado.

PER. Yo haré oración, mientras que él hace el cuento.

CAD. Sevilla de mis amores,
á cuantos envidias dás,
con tus trianeras *salás*
llenas de dulces primores.
Allí están entre las flores
de jardines encantados,
tienen rostros sonrosados
y hablan como ruiseñores;
de sus ojos los fulgores
irradian plazas y calles,

de palmeras son sus talles
que se mecen extasiadas,
por los céfiros besadas,
en el seno de los valles.

MAN. Así, así, en latín ben enrevesado. ¿E como pode ser que ó mar de Andalucía, teña mais sal que ó mar de Galicia?

CAD. Puede ser porque al mar de Andalucía, le presta su sal un gran río que tiene Sevilla.

PER. ¡Qué absurdo!

JUAN. ¿Pero los ríos no son todos de agua dulce?

PER. De agua dulce son en todas partes.

CAD. Menos en Sevilla. La excepción, que es evidente y notoria, débese al procedimiento *físico*, *higiénico* y *terapéutico*, que antes mencioné.

MAN. Pois ese miragre é dino de saberse como acontece.

CAD. Lo sabreis *científicamente*, y es deplorable que ya no lo sepa el mundo entero. El gran río de Sevilla, lleva mas caudal de agua que todos los ríos de Galicia juntos.

MANLA. ¡Ave María Purísima!

CAD. Sin pecado concebida. Aquel río se llama el *Guadalquivir*, nombre arábigo, que quiere decir: *no hay más que ver*. Viene de muy lejanas tierras, y en la superficie de las aguas, vienen muchas hadas, sirenas, nereidas y ondinas; unas bailando, otras cantando y tocando las palmas, y otras tocando palillos y vihuelas... Hasta que el río llega á Sevilla, sus aguas son tan dulces como la miel de la Alcarria, pero allí se verifica la transformación milagrosa, de que vengo hablando, y el agua se vuelve más salada que una salmuera... El río sigue después su curso hacia el mar de Andalucía, y por eso este mar es más salado que todos los demás mares del mundo.

ALF. ¿Y cómo se verifica esa transformación milagrosa?

CAD. A ello voy. Todo no se puede decir de una vez:

todo es debido al procedimiento *físico*, *higiénico* y *terapéutico*, ya mencionado. Este triple procedimiento, es de la única, propia y exclusiva competencia de las hermosas y graciosas sevillanas.

PER. (Orando.) Ruega, Señor, por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

CAD. Sevilla es una ciudad tan dichosa como la gran ciudad de Jauja, «donde se come, se bebe y no se trabaja»; y «donde el placer sin igual, se goza perpétuamente, bajo un cielo transparente y un tiempo primaveral».

VOCES. ¡Qué buen país!

CAD. En Sevilla hay la costumbre de que por las mañanas, al salir el sol, todas las sevillanas de 15 á 45 años, vayan á bañarse al gran río de las hadas, sirenas, nereidas y ondinas; y todas estas divinidades se esconden en el fondo de las aguas, por no contemplar la hermosura de las sevillanas.

Y ahora venimos á lo *de la sal*. Como las sevillanas, además de su hermosura, *derraman la sal á esportones*, allí empiezan las salinas de las riberas andaluzas, que se elevan hasta las nubes como las pirámides egipcias, y dan su sabor al mar.

MAN. Eu quedo encantado das cousas boas que hai en Sevilla.

JUAN. El cuento no deja de tener gracia.

ALF. Se parece algo á los de Manolito Gazquez.

ROS. Eu non entendin esas cousas.

MANLA. Nin falta que che fai entendelas.

PER. Tiene usted razón, señora. La inocencia es la flor más aromática con que deben adornarse las doncellas.

MAN. ¿E as fadas, sirenas, nereidas é ondinas, non volven á salir do fondo do río?

CAD. Esas divinidades retroceden debajo del agua, y no salen á la superficie, hasta que pierden de vista á las sevillanas.

MAN. ¿As sevillanas bañaránse cochadas?

MANLA. ¿Parece que tí entendes, Manuel?

MEN. Entendo algunha cousa.

CAD. Si, báñanse cochadas, con una gasa. ¿Sabeis lo que es una gasa?

VOCES. Non.

ALF. Yo pienso lo que es, pero mejor será que lo explique Francisco.

ROS. Fas ben, Alfredo, que podes pecar.

CAD. Una gasa es una túnica de una tela muy fina, que viene de la gran China; es muy cristalina y transparente, que poco sirve para cochar, tapar ó abrigar; pero es muy buena para dar brillo y esplendor á lo que tapa.

MANLA. ¡Son cousas do demo!

ROS. Ben fixeches eu calar, Alfredo.

PER. ¡No hay absolución para ese pecador!

MANLA. ¡Qué desgracia!

ROS. ¡Qué dolor!

MAN. Sigue ó teu conto, Farruco, que ó inferno xa está cheo, é tí quedarás na porta.

JUAN. Y mientras que las mujeres se bañan, ¿qué hacen los hombres?

CAD. Los hombres no son menos diligentes que las mujeres. Los sevillanos son muy vivos; no se duermen en las pajas. Aún madrugan más que las sevillanas, para ocupar buenos puestos en las tribunas, ventanas, balcones, galerías, cierros, torres y demás alturas, convertidas en miradores, para presenciar el paso y el baño de las mujeres. Los que tienen mucho dinero y gusto para gastarlo, presencian el espectáculo desde la torre de la Giralda, provistos de buenos anteojos de larga vista, y de buena provisión de vinos de Jerez, Manzanilla y Amontillado, para amenizar el acto.

MANLA. E de todas las terras que tí viches á cal queres mais, despois de Galicia.

CAD. A la tacita de plata, que se llama Cádiz.

MANLA. ¿E por qué?

CAD. Porque tengo motivos para quererlo. Escucha:

A Cádiz.

Yo perdí á mi padre en edad infantil,
la suerte impía colmó mis dolores
y del mundo afronté los rigores,
como la oveja que pierde el redil.
De grumete en un barco velero
corrí las iras del mar tormentoso,
el buque arribó á un puerto grandioso,
perdiendo la línea de su derrotero.
Sin cesar contemplaba mi mente
de aquel puerto su extensa llanura,
de la ciudad la nívea blancura
y de su cielo el azul transparente.
El sol ardía en su trono esmaltado,
brillando en las torres de aquella ciudad,
y los ecos de ¡Patria! y de ¡Libertad!
llenaron mi alma de gozo encantado.
¡Era Cádiz! ¡Eran sus oradores!
¡Era un pueblo noble y exaltado
y sus mujeres de rostro adorado,
honrando la gloria de sus mayores!
Admirando el inmenso fulgor
de aquel cuadro sublime y sagrado,
en mi pecho sencillo y honrado
calmó de repente el fiero dolor.
Hallé en Cádiz leal protección,
hallé en sus hijos franqueza y honor;
reina en sus hijas belleza y amor
y en sus corazones la paz y la unión.
Enlazo el amor que tengo á Galicia
y los recuerdos de tiempos dichosos,
con los gritos del alma gozosos
que al ver á Cádiz, mi ser acaricia.

PER. Eso es propio de corazones agradecidos. Usted ensalza, en justicia, las glorias de Cádiz; yo, á mi vez, ensalzaré las de Galicia.

A Galicia.

(Con sentimiento.)

Yo tengo una pena dentro del pecho
difícil en mis duelos de expresar,
que turba mis ensueños en el lecho
sin dejarme en la calma reposar;
juzgando al hombre solo por el hecho,
lo que en él advertí, fué mi pesar;
solo en el seno del dolor profundo,
hallo la calma que le pido al mundo.
Salve campos floridos de Galicia,
donde el primer amor dulce sentí,
y en cuyos valles, la infantil delicia,
como las aves, con afán corri;
amante de la gloria, en la Milicia
que en sueños de oro, victoriosa ví,
dejé los patrios lares codicioso,
buscando un porvenir más venturoso.
Con honor serví á la noble España,
que escudo fué de mi pecho ardiente,
emblema de mi honra no ultrajada,
pues nunca idea vil manchó mi frente,
ni la fiereza altiva y malhadada
marcó senda á mi pasión veemente;
pues se estrella el brazo del tirano,
si el honor guía al linaje humano.
De la insana avaricia, la impiedad,
la injusticia, el dolo, el deshonor,
las envidias, el fausto y la maldad,
vengo huyendo con pena y con horror:
venero de estos campos la humildad,
su nostalgia, sus encantos, su dolor,
y cuando mis plantas á ellos retornaban
lágrimas ardientes mis ojos inundaban.
Salve Galicia, en mis cantos ensalzada,
siempre tus virtudes con pasión canté
y al verte por el vulgo mal juzgada
su error y su injusticia deploré;

pues si España gime y está postrada
jamás por culpa de tus hijos fué,
que siempre halló bálsamo la cuita
en tu ternura excelsa é infinita.
Tu eres por suerte la matrona
que España exhibe á la cristiandad,
tu fama en el orbe entero abona
una régia y augusta magestad;
perlas del Cantábrico luce tu corona,
el Atlántico á tus pies rinde humildad,
en tus montañas la salud impera
y en tus cabañas el amor se encierra.
Rompiendo las cadenas y las vallas
que á mis pies el error había ligado,
ante el Apóstol, rey de las batallas,
mis votos y mi fé he consagrado,
libre mi ser de ominosas barras
por el favor que Dios me ha otorgado,
ajena el alma á terrenal codicia,
la dicha pido á Dios para Galicia.

ESCENA V.

Dichos: ANDREA.

MANLA (Dirigiéndose á Andrea que entra en la escena.) ¿Marchouse tua nai?

AND. Márchase agora.

ROS. ¿Tí bailaches, Andrea?

AND. Bailei un pouco.

ROS. ¿Con quen bailaches?

AND. Co fillo do Raposo. (Risas.)

ROS. ¡Arrenégote demo!... ¿Con pernas tortas? (Nuevas risas.)

AND. (Algo enojada.) Con pernas tortas, non. Bailei co seu hirmau, que veu do Brasil.

ROS. Esa é outra cousa: eu non sabía que ó seu hirmau viñera do Brasil.

MANLA. Andrea non ten mal gusto, pra bailar con pernas tortas.

CAD. Andrea bien merece bailar con un brasileño.
JUAN. Que sea rico.
MAN. Ela sabrá escoller.
MANLA. Ben merece escoller, porque é moi boa.
AND. Moitas gracias.

ESCENA VI.

Dichos: CURA.

CURA. ¿Ya está sereno ese pecador?
MANLA. Está arrepentido do que pecou, señor Cura.
PER. Ya le remuerde la conciencia.
CURA. Pues que se prepare para hacer penitencia.

ESCENA VII.

Dichos: DOMINGA y el CAN.

DOM. (Entra pausadamente con traje de fiesta y el pañuelo que le regaló Juan al cuello, ó á la cabeza: viene acompañada del muchacho que hizo de Can, ó de un verdadero perro, si se puede enseñar á uno de estos á que desempeñe el papel de este personaje.) Boas tardes, señor Cura; boas tardes teñan todos.
ROS. (Saliendo á su encuentro.) ¡Abueliña!
MANLA. (Siguiendo á Rosiña.) ¡Madre!
MAN. ¡Qué novedá!
CURA. Muy felices, señora Dominga: ¿Usted por aquí?
DOM. Sí, señor Cura; veño tamén á romería, porque é un día moi grande pra min, é non podo estar separada dos meus fillos, que, gracias á Dios, viñeron sanos é salvos, das terras alléas.
CURA. Mucho me alegro de ello: comprendo que será usted feliz en este día, y que lo serán todas las personas de su familia; y crea usted que también yo disfruto de su felicidad. Cuando mis feligreses vuelven honrados y alegres de las campañas, ó de la emigración, gozo tanto, como sufro, cuando los veo marchar, tristes y cabizbajos.

DOM. Gracias, señor Cura, vostede sempre se alegra do ben de todos.

ESCENA VIII.

Dichos: HIDALGO con traje elegante de montar, espuelas y guantes.

HIDAL. Muy buenas tardes, señor Cura, y compañía. Mucho me place verle á usted en el campo de la romería, en unión de tan buenos feligreses. (Todos responden al saludo descubriéndose.)

CURA. Muy felices las tenga usted, señor hidalgo. Yo no me complazco menos de que usted nos honre con su presencia, pues hacía bastante tiempo que no le veía por estos campos.

Por mi parte, ya comprenderá usted, que aún cuando me gusta estar siempre donde están mis buenos feligreses, no me traen á este lugar, los deseos de espansión. He venido para ver si con mi presencia, puedo evitar las reyertas que los mozos, trastornados con el exceso de la bebida, suelen promover en las romerías, dando con ello lugar á desgracias de muertos y heridos, que ocasionan la tristeza y la ruina de sus familias y el descrédito del país. Con tal fin, acabo de recorrer todo el campo de la romería, que por cierto está muy animado y concurrido de romeros, habiendo hecho las reflexiones que el caso requiere, y creo que la fiesta acabará en paz y en gracia de Dios.

HIDAL. Usted siempre tan celoso de sus feligreses, como de la Iglesia.

CURA. Es mi deber: para eso soy pastor de este rebaño, y debo dirijirlo por buenas sendas, para que no caiga en la boca del lobo; pues los infelices tienen tantos enemigos corporales, como espirituales.

Las reyertas á que me contraigo, motivan víctimas inocentes, causas criminales, cárceles ó presidios para los causantes, lutos y ruinas para sus

familias; y son, en suma, tanto ó más perjudiciales que los ruinosos pleitos, que dejan á los que los ganan en mangas de camisa y á los que los pierden, completamente desnudos. Afortunadamente, los pleitos ya los desterré de mi parroquia, estableciendo un consejo arbitral que dirime todas las contiendas, sin necesidad de abogados, ni jueces.

Las reyertas de las romerías también pienso desterrarlas. Laudable es el valor y coraje de los mozos, en todas las ocasiones; pero deben emplearlo en los casos de honra y cuando vayan al servicio militar. Allá, en los campos de batalla, al frente de sus banderas, donde haya enemigos de la fé y de la patria; es donde deben luchar con heroismo y coraje, hasta derramar la última gota de su sangre, en el cumplimiento de su deber, por honra de España, de Galicia y de nuestra religión, pues morir por la fé y por la patria, es dulce morir.

HIDAL. Muy bien pensado y muy bien dicho, señor Cura. Eso debería ejecutarse en toda Galicia.

JOSÉ. (Con sombrero en mano.) Señor: Los señores condes de Meirás, me encargaron diga á usía, que esperan al señor hidalgo y al señorito Alfredo, para merendar.

HIDAL, Diles que muchas gracias, pero que no nos esperen, porque ya hemos merendado: que más tarde tendremos el honor de acompañarlos á visitar el campo. (Retírase José.)

MAN. Señor fidalgo: Este viño que lle ofrezo é do millor do Riveiro (Presentándole el vaso.)

HIDAL. Lo acepto con mucho gusto. A la salud de todos. (Bebe.)

TODOS. Que le aproveche, Señor.

CURA. Por mi parte, señor hidalgo, no deje usted de ir á cumplimentar á los señores condes; yo pronto pienso continuar mi excursión por el soto.

HIDAL. Más tarde lo haré; antes tengo que hacer aquí una

manifestación al señor Manuel y á su digna esposa: esta manifestación deseo que la presencie usted y todos los presentes, para que tenga la mayor publicidad y solemnidad. (Espectación.)

CURA. Con mucha atención le oiremos, señor hidalgo.

HIDAL. Muchas gracías: Mi hijo único, que está presente, terminará, Dios mediante, la carrera de medicina en el próximo año; y, de acuerdo conmigo, pues tengo la dicha de que en todo sea de mi parecer, piensa ejercer su profesión en estas parroquias y las colindantes, para asistir *gratuitamente*, á los convecinos que necesiten sus servicios; ya que, por fortuna, tenemos bienes y rentas suficientes para prescindir de estipendios por dichos servicios, y aquí se hace tan difícil la buena asistencia facultativa, por la distancia que nos separa de las villas y ciudades en que residen los médicos.

CURA. Gran idea es esa, señor hidalgo. Es propia de quien, como usted, tiene siempre las puertas abiertas para socorrer á los pobres, y no contento con ello, llega, en su inmensa caridad, á sentarlos á su mesa. Usted cumple, admirablemente, los preceptos divinos: Usted es un Apóstol de la verdadera doctrina cristiana, y resuelve con los procedimientos caritativos, los más difíciles problemas sociales, que no saben resolver los gobiernos.

HIDAL. No hago todo lo que deseo: hago solamente lo que puedo y cuando se hace lo que se puede, los pueblos y los pobres son agradecidos.

La profesión médica conviene que sea ejercida por hombres de estado, y mi hijo, también de acuerdo conmigo, tiene proyectado contraer matrimonio: la elección de su compañera, ya está hecha: solo nos falta saber la voluntad de sus padres y de la elegida.

Es notorio en toda esta comarca, que en esta parroquia existe un honrado matrimonio que tie-

nen una hija, que llama la atención por su belleza; pero que aún la llama más por el recogimiento y decoro con que su señora madre ha sabido educarla, bajo su discreta palabra y constante vigilancia.

A las romerías, ferias y demás diversiones, donde otras jóvenes suelen ir sin sus padres ú otras personas de respeto, la doncella á que me contraigo, nunca fué sin ir acompañada de uno de sus padres; y si en la huerta, ó en el prado, hallándose sola, ha tenido que sostener conversación con algún joven, siempre lo ha hecho, con el mayor recato, sin permitir jamás libertades contrarias á su honor y decoro, ni que nadie le tocase al pelo de la cabeza ni de la ropa; siendo, por consiguiente, un modelo de moralidad y de buenas costumbres, dignas de alabanzas.

Mi hijo, prendado de dichas cualidades, ha puesto sus ojos y su amor en esa doncella, y yo apruebo gustoso, su elección.

El matrimonio á que me contraigo, es el señor Manuel y su señora esposa Manuela, y la doncella es su hija Rosiña; la que, solemnemente, pido como esposa para mi hijo Alfredo. Deseo una respuesta satisfactoria de los padres y de la hija.

MAN. Honrados somos, señor fidalgo, pero eu nunca esperaba tanta honra como á que vostede acaba de facernos. Pola miña parte, son moi gustoso é moi agasallado con que á miña filla Rosiña, se xunte en matrimonio co seu fillo Alfredo. Que á miña muller diga ó que teña que decir.

MANLA. Eu non teño nada que decir en contra do que dixo ó meu esposo. Dou gracias ó señor fidalgo, polo crédeto que me concede: preguntarei á miña filla ó que pensa. Rosiña, ¿tí es gustosa en contraer matrimonio con Alfredo, ó fillo do señor fidalgo?

ROS. (Bajando la vista.) Madre: A pena mais grande que eu podo ter neste mundo, é apartarme dos meus país,

que os quero con toda á miña alma; pero non é menos certo, que eu quero á Alfredo, con todo ó meu corazón.

CURA. Pues yo tendré mucho gusto en bendecir esta unión, felicitando, efusivamente, á los novios, à sus señores padres, y, especialmente, á la señora Manuela; que, por la buena y celosa educación que ha sabido dar á su hija, ha labrado la felicidad de la misma y por su parte se ha hecho acreedora á que podamos presentarla como una *Madre Ejemplar.* (Todos felicitan efusivamente á los novios y á Manuela, y después el Peregrino, con la mayor entonación, dice:

PER. Yo no debería alzar mi voz, después de haber hablado el señor Hidalgo y el señor Cura; pero son tan interesantes los sucesos que en este lugar se han desarrollado, desde el feliz momento en que llegué al mismo, que no puedo resistir al deseo de decir algunas palabras, acerca de ellos.

En primer lugar, se advierte que una madre celosa y de talento, haciéndose cargo de su alta misión, rompe con la mala costumbre que tienen otras madres, de dar excesiva libertad á las hijas, para asistir á las diversiones en que puede correr peligro el honor de las familias; y que su celo y sus consejos son tan eficaces, que la hija se distingue en su recogimiento y moralidad, entre todas las demás de su clase.

Esta conducta la observa un noble joven, de buen juicio y notable instrucción, y, al prendarse de la belleza de la joven, se prenda, aún más, de la belleza de su virtud.

Por ello, hace la resolución de unir su suerte con aquella afortunada joven; lo comunica á su señor padre, que es un modelo, tan perfecto, de nobilísimos hidalgos, y de benefactores de la humanidad, que llega, en su altruismo, al extremo de sentar á su mesa á los pobres mendigos, del mismo modo que los sentó y los sentaría de nue-

vo, Nuestro Señor Jesucristo, si volviera al mundo.

Y tan noble prócer, con toda su riqueza y sus honrosos pergaminos de hidalguía, lejos de rechazar la hermosa idea de su hijo; la acepta, con entusiasmo, y hace la petición de la mano de su futura nuera, en los elocuentes términos que acabamos de oir.

Y como si estos hechos no fuesen suficientes para cautivar el espíritu de los que anhelamos la paz universal y el posible bienestar de todas las clases sociales; ese joven estudiante, que, dentro de breve plazo, terminará su carrera de Medicina; de acuerdo también con el deseo de su señor padre, piensa ejercer tan distinguida profesión, en beneficio de los humildes habitantes de estos campos, para que en sus enfermedades no carezcan de los auxilios de la ciencia.

A estos admirables ejemplos de una *Madre Ejemplar*, de una hija dócil á los buenos consejos de la autora de sus días, y del modelo de hidalgos que tenemos ante nuestra vista; hay que unir el notable celo de este señor cura párroco, en el cumplimiento de sus múltiples deberes.

Todo esto es interesantísimo, para cumplir los mandamientos de la Ley de Dios, Nuestro Señor, compendiados en el Sermón que Jesucristo, su Divino Hijo, Nuestro Redentor, pronunció en la montaña, donde están cifradas las bienaventuranzas, que enseñan como debe tratarse á la humanidad; el Padre Nuestro, que enseña á perdonar á nuestros deudores; y los preceptos de la Caridad y del amor universal, que instituyen la regla fija, clara, y permanente del Cristianismo.

Y también es esencialísimo, para suavizar las asperezas y contener las más arduas pretensiones que martirizan y corroen las conciencias de las diferentes clases de la sociedad; por lo cual, lo que acabo de ver y contemplar, con toda la aten-

ción de mi alma, lo difundiré y ensalzaré, en mis peregrinaciones, por toda la extensión de la tierra.

ESCENA IX.

Dichos: JOSÉ, con sombrero en mano.

JOSÉ. Señor: Los caballos están preparados.
HIDAL. Ahora vamos: espérate.
MANLA. En tan memorable día
con mi corazón dichoso,
á este pueblo generoso
le deseo mi alegría.

Si no hay baile, baja lentamente el telón, á los acordes de la «Muiñeira», ejecutada por la orquesta; y si se ejecuta el baile, también baja pausadamente el telón, sin que la orquesta ejecute dicha tocata.

Advertencias.

1.ª El complemento de esta función, debe ser ejecutando el baile clásico del país, que es la *Muiñeira;* pero para ello es preciso contar con un gaitero y un tamborilero que los toquen bien, y un cuadro de cuatro, ó más, parejas de mozos y mozas, que la bailen con verdadero conocimiento de la misma. Si no se hace así, y en lugar de una danza artística, decente y hermosa, se presenta un remedo ridículo de la misma, será preferible prescindir de ella.

La *Muiñeira,* bien bailada, según la bailaban en mi juventud, en los valles de Galicia, especialmente, en los inmediatos al Puente Ulla, á unas dos ó tres leguas de distancia de Santiago; es la danza más elegante y vistosa que puede imaginarse, porque tiene marchas, contra marchas, vueltas, giros, puntos y donaires muy artísticos y graciosos, que no he visto en ninguna otra danza, y he visto muchas, en España y fuera de España.

Claro está, que desde los tiempos á que me contraigo, *ya llovió;* pero lo bueno debe procurarse que no lo destruya el tiempo.

Nuestra danza clásica, tiene algo de lanceros, algo de rigodones, y algo de otros bailes populares muy celebrados; pero es más variada, más apacible y más poética que aquellos. Tiene toda la placidez de los valles de Galicia.

Para que resulte con su verdadero encanto, es preciso que se tengan presentes los principios que siguen:

1.º Que el gaitero y tamborilero, además de ser maes-

tros en sus instrumentos, se presenten en el traje típico de calzón, chaqueta, polainas y montera; pues de otro modo la gaita y el tamboril, parece que se desprenden de ellos.

2.º Que los mozos bailadores se presenten con igual traje, ó todos iguales de pantalón, chaqueta y sombrero, de ala ancha: que sean buenos bailadores, conocedores de muchos puntos; que estos los marquen con mucha igualdad y agilidad; siempre el cuerpo estirado y no encorbado y mirando sérios á la cara de sus compañeras; y que todos toquen las castañuelas al unísono, con mucha maestría, de modo que ninguna disuene, ni un ápice, del *chás*, *carraschás*, de las restantes.

3.º Y que las mozas se presenten con el traje clásico de dengue y mantelo, y sepan bailar imitando todas las marchas, contramarchas, vueltas, giros y puntos, que hagan sus compañeros; *pero sin brincar como ellos*, y *con mucho recogimiento,* dentro del gracioso aire que deben dar á los movimientos, mirando siempre á los pies de sus compañeros, haciendo graciosos mimos con los dedos, y marchando al compás de la gaita, rozando siempre el suelo, con el donaire que marcha la paloma en el prado.

Esta es la verdadera *Muiñeira*, que, bailada de este modo, tiene que agradar, á todos los públicos del mundo, y más á los que tengan gusto artístico.

No debe perderse, pues, ningún esfuerzo para presentarla de este modo, al final de la función, después que los actores se retiren del escenario y éste sea desalojado de los objetos que tenga donde debe ejecutarse la danza.

Y para que el público sepa á qué atenerse y no se llame á engaño, siempre que se anuncie la representación de esta Comedia, en los carteles, deberá expresarse: «Con gaita y el baile de la *Muiñeira*, al final de la Comedia», si es que se cuenta con el cuadro del personal necesario y competente para ejecutarlo. No diciendo esto, se sobre entiende que no hay baile.

Si hay baile, al levantarse de nuevo el telón para ejecutarlo, el escenario debe aparecer despejado; y á los pocos instantes, el gaitero y tamborílero deben apare-

cer tocando por el fondo, subiendo y bajando un tablado empinado semejante á una colina, y las parejas por distintos puntos, como suelen presentarse en los campos accidentados de las romerías; reuniéndose en el lugar central conveniente para formar el corro, y comenzar al baile, procurando que éste no sea demasiado largo, pues hay tiempo de repetirlo, si el público lo pide.

Si al fondo del Teatro, por la espalda del gaitero y tamborilero, aparece tambiéu pintado un paisaje gráfico de Galicia, uua aldea, uno de sus famosos Monasterios, una Iglesia, ó una simple capilla; aumentarán el interés del cuadro, y la alegría de la acción.

2.ª Para dar comienzo á la función, el telón debe levantarse lentamente, á los acordes de la Alborada gallega, ejecutada por la orquesta; ó por el gaitero y tamborilero, si los hay, que la toquen sin ser vistos, entre bastidores.

Todas las corporaciones y sociedades oficiales, literarias y recreativas de Galicia, así como las constituidas en América, ó en otros puntos del Extranjero, que se interesen por la conservación de las buenas costumbres de aquel país; deben hacer cuanto les sea posible, para regenerar el baile de la *Muiñeira,* estableciendo premios para los buenos gaiteros y los buenos bailadores de ambos sexos, que lo ejecuten con más arte y perfección. Es el mejor adorno que pueden presentar las romerías de Galicia, y será una lástima que se pierda y substituya con otros bailes insulsos, ó grotescos, como el famoso *agarradiño.*